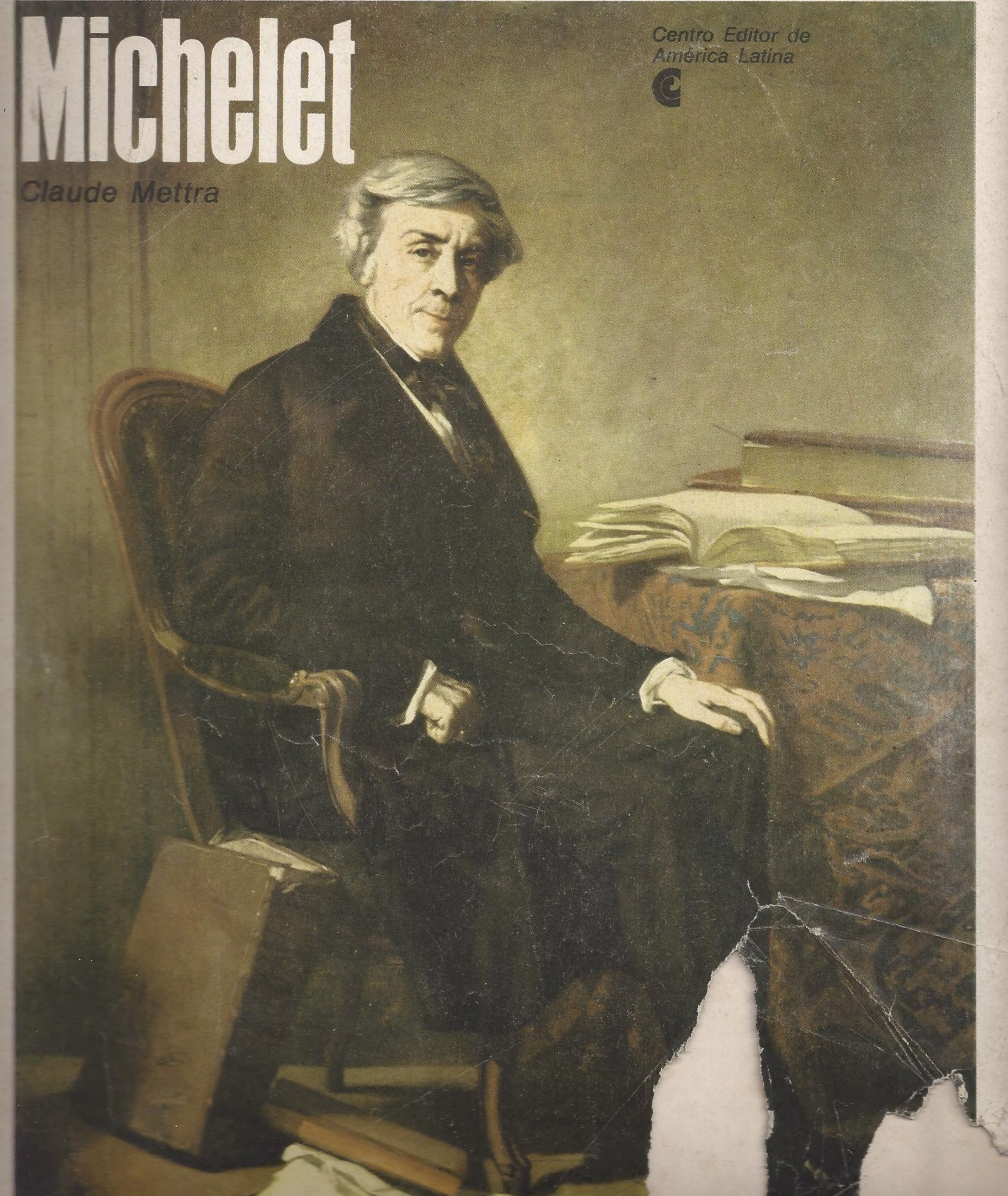
LOS HOMBRES de la historia 98

La Historia Universal
a través de
sus protagonistas



Michelet

Claude Mettra

Centro Editor de
América Latina

Más que cualquier otra, la aventura de Jules Michelet es representativa de lo que en literatura significó la revolución romántca. El romanticismo no es una moda o una escuela que sucede a otras escuelas, representa un cambio radical en la función del artista y en la relación entre arte y sociedad; asigna al arte un poder de vida y de muerte mediante el cual el hombre, al mismo tiempo fuente y producto de la creación, pone en juego cada vez su propia verdad, su propio equilibrio mental y su existencia misma. Y para Michelet, la literatura es el ejercicio de la salvación, el único medio para no morir. Toda su obra es un inventario de las imágenes ocultas que dan un significado a las imágenes visibles, a través de las cuales se cumplen los destinos individuales y colectivos. En una cultura que ha visto disolverse lentamente las grandes interpretaciones teológicas, en un paisaje mental donde la imagen de Dios se ha oscurecido, Michelet propone una nueva lectura del mundo. Su ambición, similar a la del pensamiento de nuestro siglo, fue la de hallar por intermedio de la aventura humana, la entera aventura cósmica, de darle un sentido a cada vida en el seno de la humanidad misma en la totalidad de lo real. La historia del hombre se confunde de esta manera con la historia de los dioses. Prefigura un mundo que existe por ahora sólo como aspiración y obsesión del espíritu universal. Todo es metamorfosis y el hombre es el mensajero provisorio de la misma. "Este globo - escribe Michelet - se halla en el estadio infantil, no solo en relación con lo que podrá llegar a ser un día, sino además, según todas las apariencias, en relación con los globos más avanzados a través de los que pasaremos. Nuestras posibilidades aquí son mínimas. Por una parte se nace con visiones confusas, como los sueños de vidas anteriores. Por otra parte se vive y se sueña entre el sueño y la digestión... Sueños del pasado, sueños del presente, y luego llega la muerte. Tenemos de la vida una idea totalmente distinta que deberá realizarse por cualquier parte... Es necesario que la muerte sea un nacimiento. Así debe ser inevitablemente".

Nació en París el 21 de agosto de 1798; murió en Hyéres el 9 de febrero de 1874.

Esta obra fue publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milá... Director Responsable: Pasquale ...mino Director Editorial: Giorgio Savor... Redactores: Lisa Baruffi, Michel... ...ldo Martelli.

98 - Michelet - El siglo XIX: La ...

Es... el sexto fascículo del ... El ... XIX: La Restauración ... ...e del canje la tapa pertenec... ... Restauración ... ...o de la Histor...

tén... fas... esta ... ARC... Nº 9... Nº 87...

Ilustraciones del fascículo Nº 98:

Ségalat: p. 143 (1); p. 151 (1); p. 153 (2,3); pp. 156-157 (1-5); p. 160 (1-9); p. 163 (3,4)

Falchi: p. 143 (2); p. 147 (1,2,3); pp. 154-155 (1,2,3,4); p. 159 (1); p. 162 (1,2); p. 167 (1).

Perugi: pp. 164-165 (1-13).

Traducción de Antonio Bonanno

Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en Abril de 1970.

Michelet

Claude Mettra

1798
21 de agosto. Jules Michelet nace en París, en el edificio de lo que había sido una iglesia, en el barrio de Saint-Denis, entonces uno de los más poblados de la capital.

1808
El padre de Michelet, Jean-Furcy, es arrestado por deudas.

1815
Muerte de la madre de Michelet.

1817
Michelet se diploma en letras.

1820
Escribe el Memorial, en el que evoca los recuerdos de la infancia y de la adolescencia.

1821
Michelet gana un concurso y el año siguiente es nombrado profesor en el colegio Sainte-Barbe.

1824
Matrimonio con Pauline Rousseau.

1825
Descubrimiento de Vico.

1827
Michelet es profesor de la Escuela Normal Superior.
Publicación de la traducción de los *Principios de la filosofía de la historia* de Vico.

1828
Viaje a Alemania.

1830
Viaje a Italia. En octubre Michelet entra en los Archivos nacionales.

1831
Publicación de la *Introducción a la historia universal* y de la *Historia romana.*

1833
Primer volumen de la *Historia de Francia.*

1834
Michelet enseña en la Sorbona.

1838
Michelet es elegido en el Colegio de Francia.

1839
Muerte de la esposa de Michelet.

1842
La señora Dumesnil, con quien Michelet tenía relaciones desde 1840, muere. Michelet atraviesa una difícil crisis, muy afectado por esta desaparición y por la hostilidad del ambiente de la Sorbona.

1845
La enseñanza de Michelet, cada vez más comprometida, es combatida vigorosamente por los ambientes conservadores y clericales hasta 1848.

1848
En enero, el curso de Michelet en el Colegio de Francia es suspendido. Se lo continúa luego de la revolución de febrero.

1849
Michelet se casa con Athénaïs Mialaret.

1851
Es suspendido el curso de Michelet en el Colegio de Francia. Golpe de estado de Luis Napoleón.

1852
Michelet es alejado del Colegio de Francia y de los Archivos nacionales. Se establece en Nantes por un año, iniciando desde este momento una vida errante: vive alternativamente en París, en Gran Bretaña, en Italia, en Suiza y en la costa mediterránea.

1853
Completa la *Historia de la revolución.*

1858
Viaje a Hyères. Primer baño de mar.

1862
A pesar de la amenaza de prohibición, Michelet publica *La bruja.*

1867
Completa la *Historia de Francia.*

1870
En agosto estalla la guerra franco-germana. Michelet firma el manifiesto de Karl Marx por la paz.

1871
El 30 de abril Michelet sufre un ataque de apoplejía en Pisa. Un nuevo ataque ocurre el 22 de mayo ante la noticia del fin de la Comuna de París.

1874
Michelet muere en Hyères el 9 de febrero.

Más que cualquier otra, la aventura de Jules Michelet es representativa de lo que en literatura significó la revolución romántica. Considerado europeo, el romanticismo no es una moda o una escuela que sucede a otras escuelas, sino que representa un cambio radical en la función del artista y en la relación entre arte y sociedad. Durante toda la época clásica el artista, pintor, escritor o músico, es un artesano que, privilegiado o maldecido, ocupa su propio lugar en el mecanismo social: testimonio o profeta de los valores dominantes de su tiempo, su destino está estrechamente vinculado con el ambiente histórico y su tarea es la de traducir, con el lenguaje que le es propio, lo que la época y el ambiente en que vive consideran sagrado. En el siglo XIX, el arte mismo se torna sagrado y, según Malraux, se convierte en la "moneda de lo absoluto". El artista no es más el mensajero de la verdad colectiva, sino exclusivamente el mensajero de sí mismo. El arte no es más la representación de la realidad, sino la invención de otra realidad. Cuando Goya deja Madrid para refugiarse en la casa del sordo, no es el primero en conocer la soledad, la incomprensión o la maldición, sino el primero en reivindicar esta soledad y en fundar sobre esta maldición una pintura nueva que signa el nacimiento del arte moderno, una pintura que extrae su propio significado no de la sociedad sino del propio creador.

En el corazón de la Europa romántica

Toda aventura romántica se asemeja a la de Goya: cada una asigna al arte un poder de vida y de muerte mediante el cual el hombre, al mismo tiempo fuente y producto de la creación, pone en juego cada vez su propia verdad, su propio equilibrio mental y su existencia misma. Aparte de Goya, Hölderlin, Rimbaud y Van Gogh le darán su verdadero rostro al romanticismo. En este sentido, la literatura francesa no posee, en el ámbito de lo que se denomina escuela romántica, verdaderos románticos. Lamartine, Vigny, el mismo Hugo, si bien nutridos de un lenguaje y de una sensibilidad nuevos, son hombres de letras en el sentido del siglo XVIII: el problema esencial de ellos es la apertura hacia el próximo siglo, la comunicación con el propio. Completamente distinto es lo que ocurre con Michelet. Para él, como más tarde para Baudelaire, la literatura es el ejercicio de la salvación, el único medio para no morir. Entre los contemporáneos franceses sólo Balzac, tal vez, reconoció a la literatura un privilegio tal. No es exagerado afirmar que esta modernidad de Michelet es un descubrimiento absolutamente reciente. Dado que Michelet es el autor de la *Historia de Francia*, durante mucho tiempo se lo encasilló en la historia y en su ambiente nacional, así que la gloria de Michelet descansó largamente en la parte de su obra que menos valores poseía: su actualmente superada ideología progresista, su moral de tipo patriarcal, su lirismo virgiliano. Ello era el fruto de la crítica tradicional, preocupada en grado mayor por los valores sociales de la obra antes que en su significado profundo y en su lenguaje singular. Actualmente, los nuevos caminos de la crítica nos ofrecen otra lectura de Michelet. El descubrimiento del romanticismo germano en Francia (que para el grueso del público se remonta al libro de Albert Béguin, *El alma romántica y el sueño*, aparecido en 1938), la aventura surrealista y la introducción de las claves psicoanalíticas en el examen de la literatura, han cambiado la imagen que hasta hace poco tiempo se daba de Michelet. No es casual que los dos mayores innovadores entre los escritores franceses contemporáneos, Georges Bataille y Roland Barthes, hayan presentado al verdadero Michelet, el escritor de los abismos, aquel que más allá de la historia, de Francia y del siglo XIX, conserva para nosotros una luz auténtica. Por otra parte, los mismos historiadores, para quienes Michelet fue sospechoso durante mucho tiempo, reconocen hoy la verdadera naturaleza de esta luz, como Fernand Braudel que escribía recientemente: "La tarea del historiador es siempre una lucha contra la muerte, como si aquello que tocamos pudiera, debiera revivir, rehuir a la regla absurda, y nadie realmente se lanzó a este gran juego con el frenesí y la exuberancia de Michelet."

La casa del padre

Jules Michelet nació en París el 21 de agosto de 1798, en el viejo edificio de lo que había sido una iglesia, donde el padre había instalado una tipografía. Los Michelet pertenecían a la pequeña burguesía artesanal que se había multiplicado durante el siglo XVIII a medida que se desarrollaba el movimiento industrial. A decir verdad, se trataba de una burguesía que hundía todavía sus raíces en el pueblo y se hallaba cercana a sus orígenes rurales, y que más que cualquier otro grupo social había hecho propia la esperanza revolucionaria del siglo XVIII. El arte de la imprenta, oficio pobre y difícil, es un artesanado noble justamente porque su papel es el de dar forma a la ideas y de difundirlas. Entre los imprenteros y los obreros tipográficos la revolución hallará algunos de sus mejores servidores, entre ellos el padre de Michelet. Jules Michelet crecerá entre los tipos y el olor de la tinta, aprendiendo a leer y al mismo tiempo a componer tipográficamente con su abuelo. Cuando él nació hacía cuatro años que la revolución, con su furor apocalíptico, había terminado. Francia, obligada por la confusión de un régimen incapaz de darle aspecto coherente a la república, se encamina lentamente hacia la tiranía de Napoleón. El padre de Michelet será una de las primeras víctimas del imperio. Se reduce el número de los periódicos y toda la prensa es puesta a las órdenes del poder; Napoleón, temiendo la publicación de obras o de panfletos sediciosos, hace cerrar muchas tipografías, entre ellas la de los Michelet. Ello significa la miseria, una miseria mucho más dura porque el padre del pequeño Michelet no es en realidad un batallador. El desorden y las desventuras de la vida lo dejan indefenso, las deudas se acumulan, los cambios de casa se multiplican y la familia vive día a día en un clima de tensión. Michelet dirá más tarde: "Crecí como la hierba entre dos piedras del empedrado de París." Dado que sus padres no tienen tiempo de ocuparse de él, el niño se sustrae a las disputas y a la falta de comodidades de la casa paterna y se refugia en la calle. Ya de pequeño, como si el contacto con el arte de la imprenta lo hubiera iniciado en la cultura, manifiesta óptima disposición para los estudios: de la escuela al colegio, del colegio a la universidad, conquista los diplomas que lo llevarán al profesorado, símbolo de la seguridad material y del logro social. Durante todos estos oscuros años de la adolescencia se verifican pocos sucesos importantes: en 1815 la muerte de la madre, en 1816 su primer viaje fuera de París. Sin embargo, las profundas determinaciones de Michelet deben buscarse, en sus raíces, en estos años. Michelet pertenece a aquella raza de hombres que se hallan ya completos en su infancia. Toda su existencia, una existencia cuyo relieve, por otra parte, es totalmente interno, parece ser el desarrollo de un programa original concebido muy precozmente y en el que desembocan tres herencias complementarias: su ser, su familia y su tiempo.

Las raíces del ser

Si podemos hallar en el joven Michelet, ya precisada con fuerza, la configuración de lo que fue el escritor en su madurez, ello ocurre porque Michelet es, ante todo, un cuerpo. Pocos artistas han tenido como él un contacto tan inmediatamente físico con el mundo. El aprendizaje de la vida consiste, en su caso, en el aprendizaje de los sentidos. Su saber, su relación con las obras y las ideas, en comparación con la enorme riqueza que representa para él la cuidadosa posesión de aquello que entra inmediatamente en su universo, tienen una importancia limitada en su itinerario intelectual. Toda la *Historia de Francia* es un fantástico inventario de las múltiples sensaciones gracias a las cuales estamos en comunicación con la vida. Como artista, Michelet parece utilizar un material sensorio de incomparable variedad y delicadeza. Su sensibilidad procede en modo contrario a la de Chateaubriand, para quien el mundo es un desierto cuya pobreza sólo puede atenuarse mediante las quimeras interiores. Para Michelet el mundo está poblado. En este mundo el hombre está con-

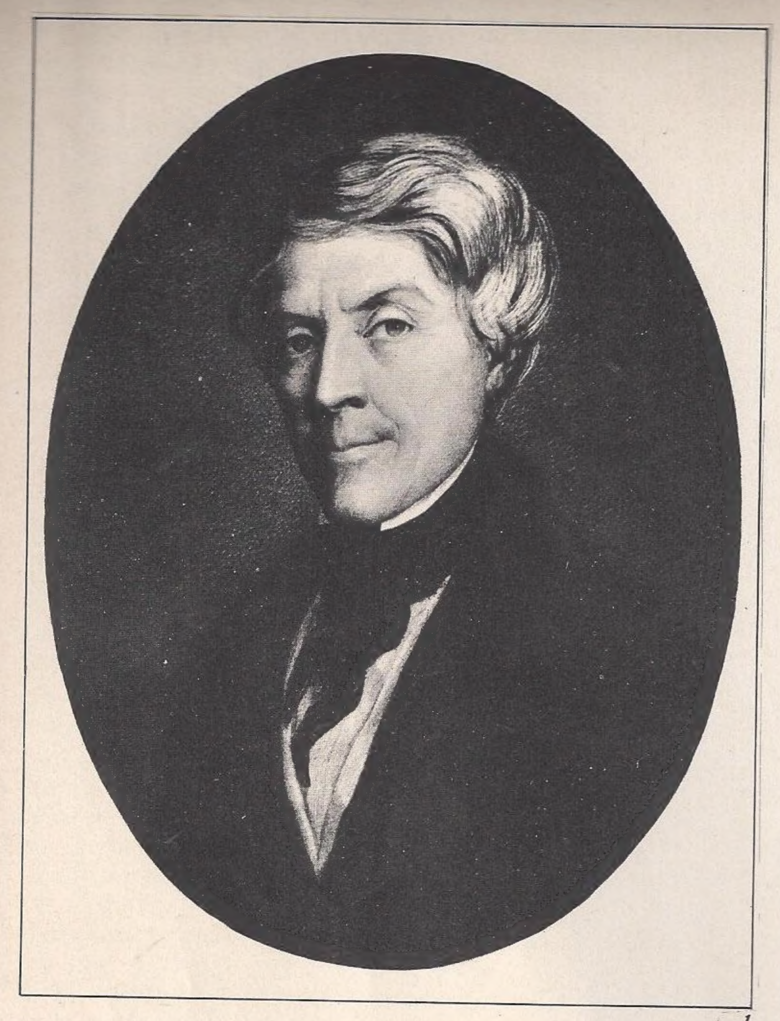
1

1. Michelet. Litografía de Lafosse, 1862. París, B. N., Est. (Ségalat).

2. La sala del siglo XIII del museo de los monumentos franceses, hacia 1815-16. Pintura de L. M. Cocherau, París, Museo Carnavalet (Falchi).



2



1

DES

JÉSUITES

PAR

MM. MICHELET ET QUINET

PARIS

HACHETTE, RUE PIERRE-SARRAZIN, 12. | PAULIN, RUE DE SEINE, 33.

1843

2

tenido así como el embrión lo está en el seno materno, recibiéndolo todo y dándole resonancia a todo lo que existe. El tema original de Michelet es la plenitud, que debe entenderse en sentido opuesto a la soledad tan familiar a los románticos. Michelet descubrió esta plenitud en el París que por tanto tiempo fue el único marco de su existencia, un París especialmente determinante para un niño y un adolescente abandonado a sí mismo; este París se limitaba, por otra parte, a pocos barrios, los más populosos de aquel tiempo, donde el joven Michelet profundizaba incesantemente una experiencia siempre repetida. Es esta riqueza del mundo viviente la que lo conduce a interrogar con avidez la riqueza de las generaciones desaparecidas, pero que dejaron señales casi por doquier. Es este contacto con la multitud el que obliga a Michelet a ver en la historia no el sucederse de figuras y hechos privilegiados, sino la totalidad de las experiencias humanas, aun las más humildes y olvidadas. Es justamente este cuerpo con el que tocamos, sentimos, escuchamos, vemos, gustamos, el elemento común entre los hombres, más allá de las desigualdades de cultura, de condiciones, de fe. De ello deriva la importancia extrema, en el discurso de Michelet, de todas las sensaciones. Veamos el retrato de Luis XIV: es la descripción del apetito, el relato de una digestión perturbada. El Terror, es ante todo el acre olor de la sangre que embriaga a los revolucionarios como un vino drogado y los transforma en asesinos. La brujería es una historia de la mirada, una exploración del ojo dirigida a hallar en la vida el alimento de los sueños. Michelet aprendió todo esto en la infancia, mediante una sensualidad profunda, precoz, ávida, que muy pronto lo sensibilizó a las cualidades particulares de cada clima humano, a las tensiones que caracterizan todos los diálogos entre los hombres. Michelet conoció esta tensión en su estado primitivo, donde no está regida por las tradiciones de las sociedades organizadas sino que nace espontáneamente por el simple encuentro de los individuos. Es en esto que Michelet es un hijo del pueblo, destino bastante raro en una época en la cual los intelectuales pertenecen casi siempre a la clase burguesa o a la aristocracia y, por lo mismo, están protegidos del contacto con lo más carnal de la vida.

Esta experiencia sensual infantil lo llevará al descubrimiento de sus propias raíces. Nacido y educado en un ambiente urbano, Michelet está unido al lugar y a la época como, más generalmente, lo están los habitantes de la campaña. Conviene tener presente en la mente a Thomas Hardy y *Tess d'Uberville*, a Ignazio Silone y *La simiente bajo la nieve*, a Adalbert Stifter y *El verano de San Martín*, para definir en el mejor modo lo que representa este vínculo particular de un hombre que se siente ligado a un suelo, a un pasado, a un cierto orden del mundo.

Los hombres de la tribu

El padre juega una parte fundamental en la sólida afirmación de Michelet. El muchacho ha descubierto con su padre, y mediante éste, lo que podríamos llamar el sentimiento de una genealogía, la certeza de ser; como lo explicará en toda su obra, uno de los eslabones de la interminable cadena que representa el devenir humano. El pequeño Michelet no fue criado por manos serviles; sus primeros pasos fueron guiados por los abuelos y los padres. Los primeros elementos del saber los recibió a través de las historias que le contaban; estas historias derivaban todas, especialmente, del viejo fondo popular de leyendas y fábulas mediante el cual la Francia rural traducía su propia visión del mundo y la idea que poseía del bien y del mal. "Había una vez... en aquellos tiempos", fueron éstas las palabras que introdujeron a Michelet en el gran océano del pasado. Esta literatura popular llegaba al muchacho en una forma muy elaborada y nutrida a menudo por la imaginación del padre, mezclada con sucesos más contemporáneos. Mediante esta literatura se podía descubrir todo el paisaje natural y mental de la vieja clase campesina y de los artesanos. Se entiende entonces que Michelet se encon-

HISTOIRE

DE FRANCE

PAR M. MICHELET,

PROFESSEUR SUPPLÉANT A LA FACULTÉ DES LETTRES, PROFESSEUR A L'ÉCOLE NORMALE, CHEF DE LA SECTION HISTORIQUE AUX ARCHIVES DU ROYAUME.

TOME PREMIER.

PARIS.

LIBRAIRIE CLASSIQUE DE L. HACHETTE,

RUE PIERRE-SARRAZIN, 12.

1833

3

INTRODUCTION

A

L'HISTOIRE UNIVERSELLE

PAR MICHELET,

CHEF DE LA SECTION HISTORIQUE AUX ARCHIVES DU ROYAUME,

MAÎTRE DE CONFÉRENCES A L'ÉCOLE NORMALE.

PARIS

LIBRAIRIE CLASSIQUE DE L. HACHETTE,

ANCIEN ÉLÈVE DE L'ÉCOLE NORMALE,

RUE PIERRE-SARRAZIN, 12.

AVRIL 1831

4

1. Michelet. Litografía de Tony Toullion, 1843.

2, 3, 4. Algunas portadas de obras de Michelet.

En la página 147:

1. Antiguas casas de Francfort. Acuarela de E. Isabey. París, Museo del Louvre, Cabinet des Dessins (Falchi)

2. Vista de una arcada del Coliseo de Roma, de P. L. Charles Cicéri, 1826. París, Museo del Louvre, Cabinet des Dessins (Falchi).

3. Interior de la Sankt Lorenzkirche en Nüremberg. Acuarela de Auguste Mathieu. París, Museo del Louvre, Cabinet des Dessins (Falchi).

trara cómodo al evocar los ambientes del trabajo, a los campesinos de la gran *jacquerie* * del siglo XIV, a los artesanos de Lieja o de Francfort, a los comerciantes de Venecia o de Londres. Pero gracias a esta literatura participaba en el inmenso inconsciente colectivo en el que se hallan sumergidas las narraciones populares, se hallaba en confrontación directa con un mundo mitológico que extendía hasta lo infinito los límites de la imaginación y estaba animado por una constante magia. Las historias de hadas y de gigantes, aquellas de los milagros cristianos, las vidas ilustres, todas estas inmersiones en el buen tiempo antiguo traducían la perpetua aspiración del pueblo a evadirse de la realidad cotidiana para encontrar lo maravilloso. Todo ello, luego, hará a Michelet más sensible a todos los aspectos irracionales del conocimiento, a todas las formas confusas del misterio: su representación de la brujería de los siglos XVI y XVII, la fascinación que siente por la fe luminosa de los primeros cruzados, de los valdistas perseguidos o de los protestantes del antiguo régimen, extraen su evidencia de lo que podríamos llamar la verdadera experiencia mística del escritor, el Gran Libro narrado por el pueblo. Pero aparte de los relatos de la primera infancia, el padre de Michelet también consignaría al hijo todo el peso de la historia viva, es decir, de la revolución. El niño ha vivido con el recuerdo revolucionario en intensidad creciente, a medida que maduraba. Para su padre la historia se había detenido el 9 de termidor, con la caída de Robespierre, que signa los comienzos de la contrarrevolución. Resulta curioso notar que también para Michelet la historia de Francia se detendrá el 9 de termidor. Toda la obra de Michelet será esencialmente la continuación de la experiencia familiar. Una especie de justificación póstuma ofrecida al recuerdo del padre. Michelet toma conciencia a través de esta doble herencia mítica e histórica de lo que lo liga al movimiento de la vida, del lugar que ocupa en la larga continuación de generaciones que nacieron, trabajaron y sufrieron, y que murieron para renacer en otras generaciones.

Es aquí donde se despierta en Michelet el sentido de la historia, que es simplemente el sentimiento de que todo lo que ha ocurrido a través de los destinos de los hombres tenía su propia necesidad y su propia verdad, que el hombre se convierte en nada si se lo aleja de sus antiquísimos orígenes y de su fuente, ya que todos los paisajes del presente están ya contenidos en los paisajes del pasado. La historia viviente es la revelación, el iluminarse de aquello que en los siglos muertos había quedado inconsciente e informado.

* Movimiento de rebelión campesina.

El silencio de Dios

Luego del propio descubrimiento de la carne del mundo y de la exploración de la memoria de la tribu, Michelet se halla confrontado con las profundas necesidades de su época. Su obra, destinada a expresar su relación personal con la tierra, destinada también a presentar en su más grande dimensión la herencia de sus padres, es decir, del pueblo, es al mismo tiempo una respuesta al gran interrogante espiritual del siglo XIX: qué hacer con un mundo en el que Dios está ausente, qué hacer con una vida a la que el pecado capital y el juicio universal ya no logran definir. La muerte de Dios, la desaparición de la evidencia divina del campo mental de Occidente, hallarán hacia el fin del siglo un profeta en Nietzsche. En efecto, será sólo la comprobación de una agonía que dura desde hace cien años. Pero el ateísmo de los hombres importantes se asoma a lo absurdo del mundo: si Dios no existe, el mundo carece de sentido, el bien y el mal ya no son distinguibles y sólo el placer deberá proporcionar el significado de la vida. El incoherente itinerario del marqués de Sade, a quien la desaparición de Dios le torna lícito marchar al extremo del propio delirio, es absurdo; Dostoievsky, cincuenta años más tarde, le hará eco al escribir: "Si Dios no existe, entonces todo está permitido."

Este absurdo no corresponde a la violencia intelectual y al profundo descubrimiento de la Europa romántica. Mientras los poetas germanos inventan nuevamente a los dioses griegos para restaurar la pureza de la humanidad en sus comienzos, los filósofos sueñan un universo cuya divinidad ya no será el motor supremo. El más grandioso de estos sueños es el de Hegel, que Michelet descubrirá aproximadamente al finalizar sus estudios, en el momento en que, habiendo pagado su tributo a la sociedad, comienza a precisar lo que se convertirá en el gran proyecto de su vida. Al mismo tiempo que a Hegel, busca especialmente a los alemanes Herder y Grimm, que lo introducen en las fuentes desconocidas de la historia y reconducen su curiosidad a las riquezas de las leyendas, lo obligan a hallar en el presente la impronta del tiempo pasado. En compañía de ellos, Michelet toma conciencia de la continuidad del tiempo humano: el hombre no es más que el fruto de una larga cadena de sufrimientos, de trabajos y de invenciones que hacen de cada uno de nosotros el heredero de la gran aventura humana. Lo que da un significado a la aventura humana es justamente la historia; ésta es al menos la certeza que guía a Michelet en los primeros pasos de la carrera literaria. Es evidente que para él, como para todos los hombres de su generación, la ruptura con el cristianismo fue una empresa difícil y dolorosa, ya que el cristianismo constituía una especie de herencia inalienable; inspiraba la vida cotidiana, la jerarquía familiar y, con mayor profundidad en las almas sensibles, la emoción tan particular en que consiste el presentimiento de lo sagrado. Para un temperamento místico como el de nuestro historiador, alejarse del cristianismo significaba perderse fuera de los confines legibles del mundo, significaba hallarse desnudo en una creación en desorden, perder los puntos de referencia que dan un orden a la vida. La ruptura con el cristianismo estaba dificultada por el hecho de que al comienzo del siglo XIX la religión encuentra por obra de Chateaubriand, y poco después mediante Hugo, el cálido lirismo y el poder de amor que le habían sido propios en el período gótico. El proyecto fundamental de Michelet toma forma en el seno de este diálogo cada vez más enrarecido con la religión de los antepasados. Como Dios lo ha abandonado, él mismo debe ser su dios, cavar en la oscuridad de las épocas para descubrir la raíz secreta que dará razón al hombre contra la teología y a la vida terrena contra los paraísos de la ilusión. Es una lucha difícil: Michelet confesará haberse liberado completamente del cristianismo sólo al término de la *Historia del medioevo*, es decir, hacia 1841. Pero toda su vida permanecerá impregnado de esta ancestral familiaridad con el dios de la revelación. A menudo denunciará el servilismo y las degradaciones del cristianismo, en obra en la civilización desde hace dos milenios, en nombre de un cristianismo auténtico. Para él Dios no volverá a entrar del todo en la oscuridad.

Encuentro con Vico

En 1822 Michelet inicia la carrera universitaria. Primero modesto profesor de liceo, será llamado muy pronto a desempeñar otras funciones. Pero desde este momento y sin ulteriores arrepentimientos definirá un estilo de vida que será el de toda su existencia. El trabajo constituye la parte esencial del mismo; Michelet lo considera directamente la higiene de la existencia y se dedicará al mismo con un ardor insensato, viviendo con la pluma en la mano, fascinado por el espectáculo del propio cuerpo, ya que la gran ocasión de este trabajo es la salud de este mismo cuerpo. Su diario está lleno de diagnósticos fisiológicos que le permiten día tras día conocer la medida de las fuerzas de que dispone para realizar su tarea. El trabajo lo nutre, lo hace vivir y lo hace morir; es la embriaguez, un remedio soberano contra la fatiga, la enfermedad, la angustia. Toda la tensión de su vida está definida por su relación con esta actividad delirante. Como observa Roland Barthes, "todo el cuerpo de Michelet se convierte en el producto de su creación y entre el historiador y la historia se establece una especie de sorprendente simbiosis. Las náuseas, los vértigos, las opresiones, no son ya producidos solamente por las estaciones y los climas. Son provocados por el horror mismo de la historia que se narra. Existen los dolores de cabeza históricos". El trabajo es una droga sagrada como la palabra (la carrera de profesor) y el viaje. Su enseñanza es una dramaturgia, sus traslados son el apuro por descubrir e interrogar a los hombres y a los paisajes, por multiplicar las pruebas por las cuales su empresa hallará las bases para sus certezas y sus instituciones. Hasta 1825 Michelet se dedica a algunos trabajos de edición (*Cuadros cronológicos de la historia, Cuadros sincrónicos de la historia moderna*) en su intento por favorecer su carrera universitaria. En 1824 se ha casado con Pauline Rousseau, una muchacha conocida pocos años antes en la pensión de la que su padre se había convertido en director. De esta unión nacerán dos hijos. Enteramente absorbido por su tarea, Michelet no se dedicará demasiado a la vida familiar. En 1825 se producirá uno de los sucesos decisivos de su vida intelectual: el descubrimiento de los *Principios de la filosofía de la historia* de Vico. En efecto, la real importancia del encuentro con Vico es ciertamente inferior a lo que el historiador mismo afirma: "No tuve ningún otro maestro que Vico —escribe en el gran prefacio de 1869—. Su principio de la fuerza viva, de la humanidad que se crea, produjo mi libro y mi enseñanza". Por un lado, porque la enseñanza esencial de Vico ya había sido el alimento cotidiano del joven estudiante a través de sus maestros en la universidad; por el otro, porque la particular novedad de esta enseñanza había sido advertida y casi inventada por Michelet mismo. Si el descubrimiento de los *Principios* significa una parte tan decisiva, si es una verdadera iluminación, es porque el joven profesor halla de pronto en este pensamiento de un siglo de antigüedad la confirmación de una intuición personal. Lo que golpea inmediatamente a Michelet como un relámpago no es el contenido del pensamiento de Vico sino la audacia de su procedimiento intelectual, del riesgo de la inteligencia del que da testimonio. Este procedimiento liberará a Michelet de las dudas y de las reservas y será para él como el permiso para adelantarse hasta el límite de su investigación. En 1825 él es sólo un profesorcito cuya carrera está estrechamente ligada a las tradiciones y a la prudencia de la universidad, una universidad donde se camina a pasos afelpados en el clima de las ideologías dominantes y bajo la mirada desconfiada de los viejos maestros. Michelet descubre en Vico, mucho más que una filosofía de la historia, el itinerario de un libre pensamiento, el amor por el riesgo intelectual, la falta de respeto. En un universo donde se tiene la costumbre de calcular la propia audacia y ponerla lentamente a prueba por medio del contacto con las verdades reconocidas, el encuentro con Vico es el encuentro con el entusiasmo intelectual.

1



2



3

Michelet dedicará dos años a la traducción de los *Principios de la filosofía de la sistoria*, que aparecerán en las librerías en 1827. Con esta traducción, siempre enriquecida por la meditación personal en la que se mezclan todos los encuentros intelectuales anteriores, proporciona los verdaderos fundamentos de su personal visión de la historia, donde se reconocen ya claramente dos perspectivas principales: de la primera, es decir, de la aventura humana considerada como una única corriente que transporta con su energía las diversas potencialidades de los pueblos y no como el sucederse de una serie de aventuras fragmentarias, ha hallado el modelo en Vico; la segunda es la idea de la participación personal de todo individuo en la formación de la historia. De este modo, la historia es una síntesis porque es la toma de conciencia de aquello que liga los diversos destinos de la colectividad, y es global porque no excluye del propio campo de investigación a ninguna forma históricamente plena.

El ejercicio de la literatura

Realizada la traducción de Vico, Michelet se abandona a su demonio, se une ahora a la propia obra que será su propia vida. Los sucesos de su existencia personal se tornan, a partir de este momento, puramente accesorios. Funcionario de la monarquía, se vale de los apoyos que le reportaron sus primeros trabajos y llega rápidamente a ocupar importantes funciones en la universidad. En enero de 1827 es nombrado profesor de historia y de filosofía en la Escuela Normal Superior. En 1828 es elegido como principal educador de la princesa de Berry, la nieta de Carlos X. Esta carrera oficial es la justa recompensa por su mísera infancia. Michelet reconoce el símbolo de la elevación del pueblo, que será uno de los temas dominantes de la ideología progresista del siglo XIX. ¿Pero que será la obra que debe iniciar todavía? Cómo definir los límites, cómo elegir el terreno privilegiado donde podrán ser ilustradas las ideas formuladas en el *Discurso sobre el sistema y la vida de Vico*: "Las otras ciencias se ocupan de dividir al hombre y de perfeccionarlo; pero hasta ahora ninguna tiene como proyecto el conocimiento de los principios de la civilización en la que todas se originaron. La ciencia que nos haga conocer tales principios nos daría la oportunidad de medir el camino recorrido por los pueblos en sus proyectos y en sus decadencias, calcular la edad de la vida de las naciones". Ningún país le parece a Michelet más bello que la antigua Italia, el país sobre el que tan largamente se ejercitó la meditación de su maestro. Piensa que Italia presenta todas las etapas recorridas por el hombre en el largo esfuerzo por alcanzar la verdadera libertad. Porque el verdadero problema que se propone Vico es el siguiente: ¿en qué se convierte el hombre cuando los mitos no rigen más su vida, cuando los dioses se retiran del destino de los seres vivientes? ¿Podrá Michelet inventar los nuevos mitos que inspiren la historia, echar las bases de su auténtica voluntad? En 1829 lo hallamos en las calles de Italia, donde pasará seis semanas. De este viaje nacerá *La historia romana*, publicada en 1831. En esta obra desea describir el lento ascenso de los pueblos hacia la luz y, sin ocuparse de las figuras heroicas o legendarias de las crónicas latinas, se preocupa por hacer revivir la particular intimidad de cada uno de las sedimentaciones humanas en las que desemboca el genio antiguo. Pero esta resurrección no es una nueva versión de una aventura ya demasiadas veces contada, es antes bien una nueva lectura completa y profundizada de una literatura que a través de los siglos es el testimonio de la continuidad de la civilización.

Efectivamente, mucho antes de descubrir a Vico y gracias al contacto que había tenido de joven con los mundos de la epopeya y también gracias a la apasionada investigación que había realizado de todos los depósitos de la literatura popular, Michelet tiene la sensación de que las formas más completas de la cultura no hacen más que presentar bajo otro aspecto lo que alienta en los más profundo del espíritu de un pueblo. No existe ruptura, sino metamorfosis, entre las narraciones míticas de las épocas primitivas y los rigurosos discursos de las civilizaciones maduras: es la misma lengua que se expresa por vías diversas. En este lenguaje, a través de los siglos, se perpetúan las profundas obsesiones de cada pueblo ya que "cada pueblo es una persona en la sociedad humana. ¿No es necesario, tal vez, que una persona tenga el sonido de la voz y una fisonomía propios?". Es esta investigación del lenguaje, portador de los mitos, de las verdades y de los deseos de toda sociedad, lo que constituirá para Michelet la base de la experiencia histórica. La historia romana es la ilustración brillante: las humanidades itálicas, osca, etrusca, latina o sannita, al mezclarse recíprocamente y enriquecerse mutuamente hasta constituir un único pueblo en el cual se reúnen los valores de los pueblos hasta entonces divididos, terminan por convertirse en una humanidad única, con un lenguaje que hereda todas las experiencias ancestrales. Llega julio de 1830. La revolución no fue para Michelet más que un suceso interior, un espectáculo que hacía eco a sus preocupaciones; en especial, ve renacer los fantasmas que su padre le había asignado como compañeros de su infancia, y sobre todo ve en obra la acción de un perpetuo nacimiento a través del cual el hombre se convierte en otro hombre incesantemente. Michelet también reconoce el verdadero motor del devenir en su fulgurante esplendor: "Con el mundo comenzó una guerra que debe terminar con el mundo, y no antes: la del hombre contra la naturaleza, del espíritu contra la materia, de la libertad contra la fatalidad. La historia no es más que la narración de esta lucha sin fin". En el entusiasmo del estío revolucionario, entusiasmo entonces compartido por toda la clase intelectual, que hoy nos resulta extrañamente desproporcionado a un simple cambio de monarquía, Michelet escribe su *Introducción a la historia universal*, prefacio teórico a la gran empresa donde serán sepultados cuarenta años de su vida: *La historia de Francia*.

Las voces del silencio

En el otoño de 1830 Michelet es nombrado jefe de la sección histórica de los archivos de Francia. Su nombramiento coincide con el florecimiento propiamente dicho de la investigación histórica en la entera universidad francesa, investigación que se ve favorecida por la creación de numerosas cátedras y por la fundación de institutos arqueológicos. Francia desea redescubrir en el pasado las raíces de la reconquistada libertad. En los archivos el historiador se halla en contacto directo con todos los anales de su pueblo. Son documentos muertos, polvorientos, indiferentes, pero el silencio de los mismos tiene para Michelet una curiosa resonancia. ¿De cuáles hombres hablan estos pergaminos, estos tratados, estos manuscritos? ¿De cuáles sufrimientos y de cuáles esperanzas se han nutrido pobres y ricos, enfermos y sanos, de los que restan como únicos recuerdos los volúmenes acumulados? Hasta ahora, a través de Vico y a través de la filosofía alemana que se le hiciera familiar luego del viaje a Alemania de 1828, Michelet se ha dedicado con pasión a las ideas generales y a la filosofía de la historia. La inmersión en las fuentes del pasado lo conducirá a una visión más concreta de su empresa. Cuando los filósofos hablan del hombre, evocan un concepto abstracto. Lo que halla el historiador es, en cambio, la carne misma de la historia, la crueldad de los poderosos, el hambre de los pobres, la muerte de los soldados, la santidad de los peregrinos. En este encuentro decisivo, antes de definir el genio, es el cuerpo de Francia lo que Michelet desea reconocer. Desde su comienzo *La historia de Francia* toma esta dirección, digamos física. El primer volumen es un preludio general a su empresa en el que se describen los elementos principales que contribuyeron con su fusión a la creación de Francia. La verdadera historia comienza hacia el año mil, en el segundo volumen con un *Cuadro de Francia* que será el primer modelo de lo que será a continuación la geografía histórica: Michelet da una pintura de los pueblos de cada región con el carácter propio de los mismos, sus aspiraciones, las diversas relaciones con el suelo que habitan. Pero además da una real personalidad a las entidades geográficas que según él determinan directamente la historia: el Ródano

es una persona, como el páramo bretón, la foresta de los Vosgos y el sol del Mediterráneo. A continuación, tomando estos paisajes de la historia como punto de partida, presenta a los hombres, cada uno en su cuadro imperativo, en los límites naturales, en el trabajo por sí mismos, en continuo cambio, llamados alternativamente a obras fecundas y a esclavitudes estériles. Sin embargo, en sus intenciones, *La historia de Francia* no está destinada a tornar privilegiada, en nombre de un ciego nacionalismo, la experiencia francesa. Michelet muestra solamente que, entre todos los países europeos, Francia es aquel donde la elaboración histórica, el trabajo sobre el mismo, ha sido llevada más adelante. "Francia es el país del mundo en el cual la personalidad nacional está más cerca de la personalidad individual". Francia es un ejemplo en la medida en que ofrece los modelos de todas las situaciones vividas por las otras naciones; por lo tanto, escribir la historia de Francia significa escribir la historia de la humanidad.

Cuanto más penetra Michelet en los documentos del pasado, más rico se torna el diálogo que conduce con los seres que como sombras habitan los viejos pergaminos. "Estos papeles no son papeles sino vidas de hombres, de provincias, de pueblos. Todos vivían y hablaban, rodeando al autor de un ejército de cien lenguas. Despacio, señores muertos, vayamos por orden, por favor". Hasta 1839 Michelet se esconde en este inmenso subterráneo de la historia que son los archivos. *La historia del medioevo* es escrita con una prisa ardientemente febril. En el verano del mismo año muere su esposa. Había trabajado, había apenas dado su atención a las personas que vivían a su alrededor: ahora, la muerte a la que había dado caza en los tiempos antiguos, lo amenazaba. Es el comienzo de una primera crisis. El hombre a quien tantas tumbas descubiertas habrían debido proteger de los golpes ordinarios de la vida se reconocía de pronto frágil y vulnerable. Con mayor fuerza halla refugio en el trabajo, pero lo esperan nuevas pruebas. Una joven mujer, conocida en 1840 y amada tiernamente por el historiador, muere sólo dos años después. Las fuerzas lo traicionan; a los cuarenta y cuatro años se siente entrar en el largo suplicio de la vejez. En la misma época abandona definitivamente el cristianismo y todo lo que la religión de sus antepasados podía darle como refugio y consolación. La energía que desea brindarle a los muertos, siente que se aleja de él poco a poco. Está indefenso, sin certeza y sin fe.

Pero en torno a él el mundo se mueve. La monarquía liberal se sumerge lentamente en el conservadorismo, en el mismo período en el cual se inicia en Francia la revolución industrial, que agudizará las desigualdades sociales y las luchas de clase. La batalla por la libertad recomienza bajo



1

1. Adam Mickiewicz. Dibujo de J. J. Schmeller, 1829.

1. Épocas memorables de la Revolución francesa. Imagen popular publicada por Pellerin en Epinal en 1847. París, B. N., Est. (Ségalat).

otra forma. Una entera juventud inquieta, todo un pensamiento atravesado por sacudidas violentas, se dirige hacia Michelet, que representa en aquel momento (desde 1838 es profesor en el Colegio de Francia) la conciencia luminosa y el esplendor de la vida intelectual en la universidad francesa. Entonces Michelet, a la búsqueda de la fuente de la cual extraer la fuerza necesaria para sobrevivir a su infelicidad y al mismo tiempo para responder a la espera de aquellos que lo escuchan como a un profeta, se dirige hacia el núcleo principal de su infancia, la revolución. Comienzan desde este momento años duros y fecundos. Sombras femeninas atraviesan con humildad su solitaria existencia: domésticas cariñosas a las cuales él les da bellos nombres de leyenda, Bárbara, Rústica... La revolución es el fin de la historia, el límite extremo de la libertad, y Michelet será el gran sacerdote de la misma. Al relatar la historia de la revolución le dará al pueblo francés su verdadera epopeya, ya que con 1789 comienza "la era de la justicia, de la verdad, de la razón, la época sagrada en la cual el hombre pasa a ser mayor de edad, la era de la madurez humana". En tanto, para dar continuidad a su enseñanza y afirmarse como el profeta de la libertad moderna, publica diversos libros que constituyen un análisis profundo de la sociedad del siglo XIX: *Los jesuitas* (1843; *El sacerdote, la mujer y la familia* (1844); *El pueblo* (1845), que son todos libros de batalla, como *La historia de la revolución*, cuyo primer volumen será publicado en 1846. Esta actividad participa plenamente en el vasto movimiento de contestación del que la revolución de febrero de 1848 signa el apogeo.

Resurrección

La revolución de febrero de 1848 es una revolución popular traicionada. Está hecha por los obreros parisinos y muy pronto será aplastada, en junio, por la burguesía y la Francia campesina. La esperanza revolucionaria se aleja una vez más. Símbolo auténtico de las aspiraciones de la nación, Napoleón III reúne en un único sistema el espíritu de conquista de la burguesía industrial, el espíritu conservador de los campesinos, el orden moral caro a la iglesia y una confusa tentación por el socialismo. La nueva sociedad debe abolir el pauperismo a través de la prosperidad, fundamento y fruto de la economía liberal. Hacia 1850, el ascenso del capitalismo es para las clases dirigentes la primera etapa hacia la riqueza general y la justicia social. Frente a esta economía positiva, basada en la iniciativa individual y en los derechos inalienables de la propiedad, los intelectuales como Michelet aparecen como utopistas. Sueñan una sociedad solidaria en la cual los ricos se preocuparían por los pobres, en la cual los conflictos de clase serían reemplazados por la colaboración de los grupos. La posición de ellos para con el segundo imperio no puede ser otra que reservada, antes de tornarse francamente hostil, sobre todo en el momento en que el nuevo régimen se afirma como régimen autoritario, basado en la policía, la censura y el fin de las libertades. Michelet es privado de todas sus funciones oficiales. En marzo de 1851 se suspende su curso en el Colegio de Francia, en junio es expulsado de la universidad y pierde su puesto en los archivos nacionales. Ahora se halla totalmente disponible para su propia obra. Esta nueva existencia no es justamente una desgracia para Michelet, si se hace abstracción del disgusto que le inspira el éxito de la contrarrevolución en Francia y en Europa y las sanguinarias represiones de los movimientos populares en Italia, Austria, Alemania y en los países eslavos. En 1849 su vida se ve transformada por la inspiración de una mujer: Athénaïs Mialaret, una muchacha de veinte años que le pide al historiador que sea su padre espiritual. Michelet se casa con ella. La joven se convertirá en el motor de su actividad creativa, el centro de sus intereses, el símbolo de las ricas imágenes por él inventadas que recorren sus itinerarios históricos. Para Michelet es una verdadera resurrección. Mientras realiza *La historia de la revolución francesa*, cuyo último volumen será publicado en 1854, escribe otros dos libros para la gloria del pueblo universal: *Las leyendas democráticas del norte* y *Los mártires de Rusia*.

Para completar el ciclo de la *Historia de Francia* retoma el renacimiento, abandonado en 1843, y luego los siglos XVII y XVIII. Esta tarea se completará en 1867. Para Michelet es un período mucho más feliz y menos tenso. Las grandes perspectivas de la historia ya han aparecido a través de las obras precedentes. Todo el estudio sobre el antiguo régimen y sobre Europa clásica está hecho para anunciar y preparar una *Historia de la revolución* ya realizada. Ahora Michelet le dedicará la tensión que la historia ya no le reclama al conjunto de la vida, a lo que despierta su atención aparte de la humanidad. El hombre es un microcosmos donde se reflejan las energías y el deseo de vivir del macrocosmos. Comprender al hombre es, por lo tanto, un modo de hacer comprensibles todas las formas de la existencia dotadas de movimiento, de reintegrar a la experiencia humana la totalidad de lo vivido. Comienza así la larga interrogación de la naturaleza expresada en *El pájaro* (1856). *El insecto* (1857), *El mar* (1862), *La montaña* (1808). Así comienza la celebración del espíritu universal, el canto en honor del Eros omnipotente, fundador de la acción y al mismo tiempo del sueño, que se expresa en *El amor* (1858), *La mujer* (1859), *La bruja* (1861), *La biblia de la humanidad* (1864). En todas estas obras florece un lirismo con el cual Michelet pa-

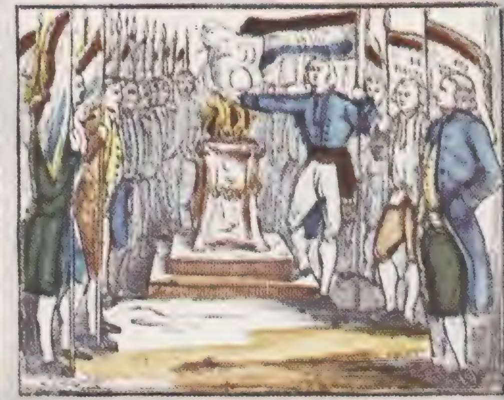
ÉPOQUES MÉMORABLES DE LA RÉVOLUTION FRANÇAISE.



Serment du Jeu de Paume.
(20 juin 1789.)



Prise de la Bastille.
(14 juillet 1789.)



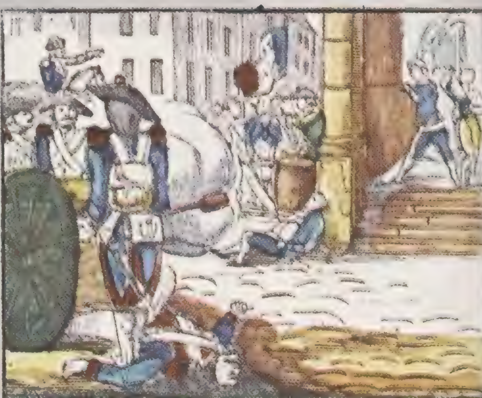
Fête de la Fédération au Champ de Mars.
(14 juillet 1790.)



Proclamation de la république française.
(1793.)



Siége de Toulon contre les anglais.
(1793.)



Bonaparte défendant la Convention.
(1795.)



Bataille des Pyramides.
(21 juillet 1799.)



Bonaparte dissout le Conseil des Cinq cents et établit le Consulat.
(18 brumaire. — 9 novembre 1799.)



Passage du Mont Saint-Bernard.
(1800.)



Sacre de Napoléon et de Joséphine.
(2 décembre 1804.)



Retour de l'île d'Elbe.
(1814.)



Les Adieux de Fontainebleau.
(1815.)

A MES AMIS, CONNUS ET INCONNUS.

QUI M'OFFRENT LEURS SUFFRAGES.

Je les accepte, vos suffrages, — non pour moi, voué en ce moment à un devoir sacré, l'histoire de la Patrie, — mais pour mon fils d'adoption, mon gendre, mon unique collaborateur depuis huit ans, POULLAIN DUMESNIL-MICHELET, qui est moi-même.

« Il vaut mieux que vous, parce qu'il est jeune, » me disait l'autre jour notre cher et immortel Béranger. — Il faut des hommes jeunes, neufs, et de forces entières. La nouvelle assemblée doit représenter par l'âge le rajeunissement de la France.

Mon gendre, après ses études de droit, s'est fermé la carrière du barreau. Le serment à la royauté a été pour lui un obstacle insurmontable.

S'il n'est point connu encore parmi nos plus éminents écrivains, c'est qu'il a uniquement travaillé pour moi.

Il s'est donné à moi. Je le donne à la France.

Nous nous devons tout entiers et sans réserve à la patrie. Ma vie déjà appartenait à son histoire. Je lui offre bien plus aujourd'hui : Mon avenir, le fils de ma pensée.

Salut fraternel,

J. MICHELET,

Professeur au Collége de France.

10 mars 1848.

La révolution de Février a été le réveil de l'honneur, la réparation à la morale outragée. Nous sommes tous vainqueurs.

Maintenant il s'agit d'organiser la victoire. Que tout ce peuple, rentré par un élan d'héroïsme dans la vérité, dans sa nature, fonde des institutions impérissables, qui rendent à jamais impossible le retour des révolutions sanglantes.

Nous n'attendons point l'Assemblée pour proclamer la République; nous l'avons tous proclamée. — Il ne lui appartient point de discuter les conquêtes de la révolution nouvelle, elle n'a qu'à sacrer d'une acclamation unanime les décrets de la France qui a parlé par le Gouvernement provisoire : l'abolition de la peine de mort, le suffrage universel, la liberté de la presse, la liberté des cultes, la justice introduite pour la première fois dans l'impôt, et le droit qu'a tout homme de vivre en travaillant.

1

1. Manifiesto electoral del 10 de marzo de 1848 en el que Michelet auspicia la elección del yerno. Se agregan los principios sobre los que se desea fundar la nueva república: abolición de la pena de muerte, sufragio universal, libertad de prensa, libertad de cultos, reforma de los impuestos, preminencia del trabajo.

2, 3. Episodios de la revolución de 1848 en París. París, B.N., Est. (Ségalat).

rece liberarse del arsenal fúnebre que cubre *La historia de Francia*. Todas estas obras son himnos a las fuentes fecundas de las que nace la vida, una búsqueda apasionada de los rostros tomados al amor y proveedores del amor.

El fin de una vida

En 1867 se publica el último volumen de la *Historia de Francia* dedicado al siglo XVIII. Dos años más tarde, como para darle relieve y color definitivo a la obra comenzada casi cuarenta años antes, y para tener la exacta dimensión de una tarea que lo ha absorbido por toda la vida, Michelet da el último toque de esta crónica del pueblo francés: dos largos prefacios donde describe los principios que guiaron la historia de Francia y la historia de la Revolución. Escritos capitales, en los que Michelet ha deseado fundir en un movimiento único los movimientos fragmentarios de los siglos que ha recorrido sucesivamente y en los cuales ha deseado expresar la continuidad interior de su experiencia de hombre y de escritor. En estos escritos se halla plenamente realizada y, como consecuencia, cumplida la función casi sacerdotal que el historiador había asignado a su propia tarea. Ahora Michelet puede, como los héroes de quienes ha descrito el trágico camino, desaparecer en las tierras negras donde hallan alimento los muertos, tornar al seno de la oscuridad donde su sangre se mezclará con la de todos aquellos sin nombre de los tiempos pasados.

En efecto, Michelet vivirá los pocos años que le quedan como si fueran una insoportable dilación. Los tres volúmenes sobre la *Historia del siglo XIX*, que en realidad tratan la revolución luego de Termidor y los comienzos del ascenso de Bonaparte, expresan sólo un horror apresurado e irritado por la tiranía napoleónica, por la traición burguesa y por los primeros momentos de la civilización industrial. Como un viejo ya sin ocupación, viaja de la Costa azul a Suiza, de Italia a Saboya, encontrando próximo a la muerte el humilde recuerdo de la infancia, el mensaje que le había transmitido su padre. La historia, abolida por el Termidor, con la obra de Michelet, que había resucitado la revolución en su pureza primitiva así como había resucitado los siglos que la habían precedido, había terminado, y con ella el historiador. Los trágicos días de la Comuna en la primavera de 1871, la derrota del pueblo de París por los versalleses, el desinterés de Francia por la causa revolucionaria, la conclusión desastrosa de una guerra donde los dos fermentos principales de la civilización, Alemania y Francia, se habían combatido y envilecido, son todos sucesos que para Michelet descubren el significado de la mediocridad y de la desesperación de su época. Sepultado en el pasado, mira el presente como un ciego y un extraño.

Morirá el 9 de febrero de 1874 en Hyères,

en la dulce tibieza del invierno mediterráneo, luego de pedir que su cuerpo fuera expuesto un día entero al sol, para participar con mayor rapidez en la gran metamorfosis de la carne mediante la cual la muerte se declara como promesa de la vida.

Una obra faustiana

¿Qué queda, luego de cien años de la realización de la *Historia de Francia*, de la obra de Michelet? No es ciertamente su aporte científico el que podrá concitar nuestra atención. Todos aquellos que denigraron esta obra porque demostraba insuficiencia de erudición o de rigor no han entendido nada del procedimiento profundo del historiador.

Por otra parte, ¿cómo podemos definir con precisión el conocimiento científico de nuestro pasado, en una época en la que los métodos y los materiales de la historia se renuevan incesantemente, si no a partir de algunos puntos sumamente precisos de la vida material?

Tampoco la filosofía de Michelet nos lo acerca. En él no se encuentran la filosofía de la historia y la racionalización del devenir que, bajo formas diversas, caracterizan en igual medida la obra de Karl Marx o, más cercana a nosotros, la de Oswald Splengler o Arnold Toynbee. La *Historia de Francia* no ilustra un pensamiento sistemático: los conceptos que son propios de Michelet revelan un vitalismo o un panteísmo de los que el siglo XIX ofrece numerosos ejemplos. Los conceptos interesan tan poco a Michelet que los emplea con significados diversos en diferentes lugares, ya que para él las ideas son sólo símbolos, señales que no encierran ninguna realidad precisa y que adquieren su verdadero sentido en la trama de imágenes en la que se hallan incluídas.

La verdad es que la misma presencia de Michelet en nuestro siglo es una presencia dramática. En la larga galería trágica de la literatura occidental Michelet tiene su lugar junto a Tácito, Shakespeare o Dostoievsky, como el principal testigo de las laceraciones y de las confusiones del hombre. André Malraux ha insistido largamente en el hecho de que el arte es ante todo el deseo de oponer a lo absurdo y al silencio de la creación divina una creación que sea propiamente humana. En este sentido Michelet es, sin ninguna duda, la naturaleza más artística entre los románticos franceses. Su designio fundamental es de naturaleza faustiana: consiste en sustraerles a los dioses los secretos que éstos esconden a los hombres, su ambición es la de penetrar en los más profundos misterios de la aventura humana para descubrir el rostro desconocido de la misma y para acceder al conocimiento supremo. Su profundo objetivo es el de recuperar en la historia todo lo que la misma contiene de fuerza, energía, poder creador, y no el de explicar el mundo y la historia. La verda-



2



3

Sainte - Beuve.
Institut : Académie Française



1. *Retrato de Saint-Beuve, de J. F. Heim, 1856. París, Museo del Louvre, Cabinet des Dessins* (Falchi).

2. *Athénaïs Mialaret, segunda esposa de Jules Michelet. París, Museo Carnavalet* (Falchi).

3. *Retrato de Edgar Quinet, de S. M. Cornu, hacia 1838. París, Museo Carnavalet* (Falchi).

4. *Abel-François Villemain, uno de los primeros maestros de Michelet. Dibujo de J. F. Heim, 1828. París, Museo del Louvre, Cabinet des Dessins* (Falchi).

dera esencia de esta empresa es de orden mágico. Su objeto no es, en efecto, poner en evidencia en la continuidad de los siglos los modelos que pueden hacer comprender o inspirar al presente, sino antes bien el de manejar los impulsos irracionales de la conducta humana, el de reencontrar a la colectividad errante y a los individuos que la guían en su calor y en su complejidad. Para Michelet, la verdad de la historia es su tensión interna, su fiebre, su peso existencial.

La materia de la historia

El dominio que el historiador se ha condenado a explorar no es para Michelet el inagotable inventario de los archivos humanos, el monótono sucederse de las guerras, de las revoluciones o de las vidas ilustres, el inmenso acumularse de obras y de crónicas. Su preocupación inicial es la de volver a lo elemental, a lo que determina al hombre, lo condiciona, lo envilece o lo mata, pero que le da también la oportunidad de sobrevivir: la naturaleza. Pero la naturaleza no se reduce para Michelet al marco de la vida, a los elementos múltiples que constituyen el fondo de la vida cotidiana. La naturaleza es la totalidad de lo real, todo aquello que el hombre no ha transformado aún mediante la cultura. Una cosa es evidente para Michelet desde los años de la juventud: la indisociable unidad de la vida. Contra el dualismo que actúa en la civilización occidental desde los tiempos de Sócrates, contra la separación de cuerpo y alma, de la materia y del espíritu, propone como principio fundamental la presencia rigurosa, en todo, de una vida que simplemente se manifiesta en modos diversos. "También el guijarro, la dura piedra, tuvo vida y nutre la vida".

El universo es una vasta energía dentro de la cual el futuro está ya como pensado y formado por el tiempo transcurrido, y las formas inanimadas son el presentimiento de aquello que se convertirá verdaderamente en vivo. "Un íntimo vínculo une todas épocas. Nosotros, generaciones sucesivas, no nos consideramos como eslabones de una cadena o como los corredores que se pasan la antorcha, de los que habla Lucrecio. Nos consideramos en manera bien diversa. Todos hemos estado en el seno de los primeros padres y de sus mujeres. El mismo espíritu fluido corre de una generación a la otra".

La primera materia de la historia, entonces, consiste en los elementos que determinan en igual modo el cuerpo del hombre y el cuerpo del mundo, aquellos mismos elementos que los griegos utilizaban como fundamento de su comprensión del cosmos: el agua, la tierra, el aire, el fuego. Lo que resulta trágico en la condición humana es que la misma no es el reflejo sino, antes bien, la copia de la tragedia natural, que consiste en muerte, nacimiento, madurez y muerte. Es la reproducción







4



5

de los esquemas fundamentales de la creación viviente, como aquellos cuyo ejemplo nos ofrece el ciclo de las estaciones. La gran obsesión de Michelet, en su deseo de penetrar en el centro de la acción humana, es descubrir la osamenta esencial que puede considerarse como el andamiaje de la acción misma. Si ponemos en evidencia ante todo los cuatro elementos es porque los mismos aparecen como las estructuras fundamentales del devenir, las primeras formas en las cuales se halla el esbozo del diálogo entre el hombre y el mundo. A este respecto deseamos hacer notar que no es casual que el descubrimiento de Michelet comience justamente en el momento en que florecen las filosofías de la estructura, cuyo objeto es poner en evidencia no la naturaleza propia de la realidad sino, antes bien, las relaciones entre las formas diversas de esta realidad.

El único ejemplo que deseamos dar, mediante un retrato muy característico de la galería heroica de Michelet, es el de Robespierre. Michelet nunca da una descripción precisa de los actores de la historia, antes bien, dibuja la configuración alquimista de los mismos. Para él Robespierre es una cierta calidad de sangre, un cierto movimiento interior del ser. En él se enfrentan y se mezclan estos cuatro elementos. El aire, que es el símbolo de la libertad interior, de la agilidad intelectual y del rigor moral, predomina. Igualmente poderoso es el elemento tierra, poder de consolidación, de obstinación, de resistencia y de indiferencia para con los otros. Tierra y aire dan a Robespierre el mismo signo de sequedad: es el hombre-piedra, el ser mineral, por lo tanto es pariente de los legisladores y de los organizadores del mundo. El fuego, tercer elemento, resulta difícil aislarlo en él: es un producto mixto de la tierra y del aire, como lo demuestra el talento de orador basado en la utilización concertada de la palabra, la ironía mordaz de la prédica y el gusto por las fórmulas retóricas. En cuanto al último elemento, el agua, es muy débil en Robespierre, hombre de sequedad y, como consecuencia, de la esterilidad. Es el hombre cuyos ojos no se humedecen jamás, ni por desesperación, ni por emoción ni por felicidad. En Robespierre, las relaciones en que se hallan entre sí estos cuatro elementos determinan el ritmo de su ser que es un movimiento mineralizado, la tentación de estar por encima de las cosas y no en las mismas. "¿A qué se debía, se pregunta Michelet, el misterio de su poderío? A la opinión que había sabido imprimir en todos de su probidad incorruptible y de su inmutabilidad. Solo, con un espíritu maravilloso y una técnica prodigiosa, maniobró en forma tal de mantener la fama de esta inmutabilidad".

Lo que es verdadero para el retrato individual, lo es también para el retrato colectivo. Cada paisaje, cuna de la presencia

humana, es ante todo la yuxtaposición de los cuatro elementos: el sol no posee el mismo vigor, la tierra la misma fecundidad, el agua el mismo movimiento, el aire la misma sequedad, en lugares diversos. Cada paisaje libera seres diversos y consecuentemente actos diversos. No se trata en efecto de una relación elemental entre la vida y la naturaleza, sino más bien de un lenguaje sumamente complejo, de una serie de relaciones subterráneas mediante las cuales el paisaje natural se transforma en paisaje humano. Michelet escribe a propósito de Enrique IV: "Parecía que el bearnés hubiera tomado, por raza, y conservado el verdear de la montaña, este misterio de cálida vida que los Pirineos arrojan en sus aguas".
De Ginebra, refugio de los protestantes, dirá que es "mutable como su lago, inmediata como su Ródano, verdadera banderola con su pico al viento... un conjuro de la naturaleza contra la austeridad del espíritu". El paisaje no es sólo un estado de ánimo, como se creía según Rousseau, sino que traduce también un cierto modo de comer, de dormir, de curarse, de hablar; en resumen, del nivel más elemental al más alto, traza las fronteras de todo lo que se llama civilización.

Las matrices de la historia

Los elementos son la base de la química misteriosa mediante la cual se hace la historia. El trabajo del historiador consiste, especialmente, en descubrir las matrices donde se siguen sin fin las mutaciones que caracterizan la evolución de las sociedades. Estas matrices son los hornillos alquimistas donde se componen, se mezclan y se descomponen las energías para reaparecer bajo formas diversas. En la gran arquitectura del devenir son las puertas a través de las cuales pasa necesariamente el destino humano. La primera matriz de la historia es la muerte, ya que la característica de toda existencia histórica es la de encaminarse hacia el propio término y de constituirse como obra mortal. Michelet se dirige a la muerte como los héroes de la tragedia antigua se dirigían a los dioses; al afirmar la vida y devolver a la luz todo lo que una vez cayó en el silencio fúnebre, niega la muerte y al mismo tiempo la hace propia y la une a la profunda experiencia de cada hombre. Como Heidegger, Michelet dice que el hombre es "un ser-para-la-muerte". Pero la muerte no es la nada, el olvido, la fuga hacia la confusión inorgánica; es, en cambio, consagración y metamorfosis de la vida, organización del destino. La conciencia de esta organización es la memoria, ya que es a través de la memoria que de época en época el hombre une entre sí los diversos momentos de su vida y que las generaciones anudan el hilo que las liga unas a otras y se ven a sí mismas como herederas de una genealogía. Desde la adolescencia, Michelet le ha asignado a la historia esta función taumatúrgica. La resurrección del pasado es para él el único medio de subsistencia ante la nada del futuro, la única vía para escapar a la angustia fundamental que todo individuo siente ante la certeza de la propia muerte. El tono tan singular y patético de tantas páginas de la *Historia de Francia* o del *Diario* se deriva justamente del hecho de que el historiador se pregunta en todo momento si ha logrado oponerle al rostro impenetrable de la muerte una obra digna de subsistir, si se ha unido lo suficiente con las huellas del pasado para no desaparecer en el porvenir. Para dar mayor peso a esta prueba, para fundar la historia como sacerdocio y como magistratura divina, él asume la totalidad de los destinos desaparecidos con el propósito de devolverles la vida: "A menudo el historiador ve en sus sueños a una multitud que llora y se lamenta, la multitud de aquellos que no han vivido bastante y que desearían revivir... Ellos necesitan un Edipo que les explique el enigma cuyo sentido no han comprendido y que les enseñe el significado de las palabras que han pronunciado y de los actos que han realizado y no han comprendido". La muerte es para él un alimento porque es el alimento mismo de la historia. De ahí esta especie de ebriedad, de desaliento satisfecho debido al espectáculo de este grupo de muertos. "He bebido en demasía la negra sangre de los muertos". La muerte no le disgusta, por el contrario, lo fascina. Durante su existencia varias veces estudió con atenta pasión los cuerpos putrefactos, como si intentara aferrar en vivo la acción de la muerte entendida como movimiento, metamorfosis, es decir, retorno a la vida. Éste es un aspecto particularísimo del sentimiento de la muerte analizado en modo muy lúcido por Mario Praz en *La carne, la muerte y el diablo*. Para Michelet la muerte es una verdadera agonía, es decir, la huella de una batalla. Al completar un destino individual, la misma no lo consagra sino, por el contrario, le proporciona a cada destino individual su propia universalidad. La muerte funda la comunión eterna de los seres vivientes. Resulta claro, entonces, todo lo que separa a Michelet de sus contemporáneos, los románticos germanos e ingleses, para quienes la muerte era la última máscara de una experiencia personal. Para Michelet la muerte es un rito de pasaje, la promesa de otro proyectarse en el devenir del espíritu.
Si la muerte es la primera matriz de la historia, la segunda está constituida por el trabajo, que es un taller y una armadura contra la muerte. El trabajo es el deseo de transformar el mundo, de darle una impronta humana. Fuera del trabajo y del deseo de transformación no existe historia ni progreso. Esta perspectiva se halla confirmada, por otra parte, por los trabajos de la etnografía: los pueblos primitivos, como explica Lévi-Strauss, aquellos que viven al margen de la historia, son aquellos que rechazan el cambio, niegan el tiempo, respetan las formas naturales, consideran profanación toda subversión de lo que se le diera originariamente al mundo. El acto que implanta la historia es el acto de Prometeo, que es el del deseo de actuar sobre el mundo, de "quemarlo" con el fuego para darle otra forma. Como el alquimista, el hombre es un operador al cual se le proporcionan las sustancias destinadas a ser modificadas mediante una serie de actos; estas modificaciones cambian en igual medida al autor de las mismas. Bajo muchos aspectos, la historia de la aventura humana es la historia de la imaginación desplegada por los individuos o los pueblos para fabricar con otras formas los paisajes de esta aventura. Esta imaginación, según las épocas, se encarna en operaciones creativas diferentes; pero todas son expresiones del deseo de vivir y del deseo de hacer, la respuesta y el eco de la voluntad universal que es el motor de todas las energías vivientes. Existe la imaginación del espacio que impulsa a los pueblos a partir hacia otras tierras (las invasiones, las cruzadas, los viajes de los italianos y luego de los españoles del renacimiento); existe la imaginación de la felicidad, que mueve a las ciudades a mejorar sus propias seguridades y sus propias comodidades, provocando el nacimiento y el perfeccionamiento del artesanado y de la industria. Existe también la imaginación espiritual que conduce lentamente a estas ciudades hacia la libertad, la responsabilidad y la justicia: es la audacia de Abelardo contra el formalismo del siglo XII, es Juana de Arco que opone a las intrigas de la política la espontaneidad del pueblo místico, es la bruja que anuncia por intermedio de Satanás la sonrisa de la libertad.
El rol fundamental asignado por Michelet al trabajo y a la acción no tiende sólo a la glorificación de la oscura pena de los hombres, al evidenciarse de las innumerables energías mediante las cuales la humanidad incesantemente ha modificado su propio aspecto. Contra la idea redentora del trabajo sobreentendida en la moral cristiana, contra el utilitarismo de fabricante de la filosofía de los hombres ilustres, Michelet ve en el trabajo el lenguaje mismo del mundo, el vínculo siempre renovado entre el hombre y las cosas, entre el hombre y los otros hombres. Mediante este lenguaje y este deseo permanente de darle al ambiente que lo circunda una forma nueva, el hombre se crea a sí mismo. Este pensamiento contiene, frente al renovado realismo de la filosofía romántica, el anuncio de lo que será el existencialismo moderno por el cual "el hombre es sólo aquello que hace". Esta visión de una metamorfosis paralela del individuo y del universo mediante la acción inspira a Mi-



1

1. Los escollos de Etretat. Acuarela de E. Isabey, 1857. París, Museo del Louvre, Cabinet des Dessins (Falchi).

En las páginas precedentes:

1-5. Litografías de Daumier que comentan algunos sucesos de 1851, publicadas en "Charivari". París, B.N., Est. (Ségalat).

chelet el rechazo de todas las fugas del mundo y de todos los derivados de la contemplación consoladora. Su posición frente a los fenómenos religiosos está totalmente determinada por la certeza de que toda fe que no se encarna en el mundo y que no toma partido por la obra del hombre es un fe estéril: tal es la fe medieval del siglo XV, tal es la devoción católica en la época de Luis XIV, tal es la ideología clerical de la burguesía francesa en el siglo XIX. Para Michelet, la verdadera religión es aquella que hace sagrada a la existencia concreta, que, lejos de hacer de la vida terrena sólo el reflejo ridículo y la espera de los eternos paraísos, por el contrario, da al gesto humano la grandeza del gesto divino.

La muerte es una promesa de la vida, el trabajo la señal de convertirse en patrones del mundo. Pero la matriz basal de la historia es la mujer. Michelet dirá que es por intermedio de la mujer que el hombre se convierte realmente en el espejo y en la réplica de la naturaleza y que la humanidad asume una dimensión verdaderamente cósmica. En efecto, en grado mayor que el hombre, la mujer es el símbolo de la historia como realización del cuerpo de la humanidad. Más cercana que el hombre por su ritmo fisiológico, por su intuición de las cosas ocultas, y también por su función materna al movimiento de la naturaleza, la mujer representa el núcleo central de la vida, el lugar donde las energías se forman catalizando todas las fuerzas oscuras del universo. Para Michelet la historia es un intercambio ininterrumpido entre la mujer, que es vientre, matriz fecunda, acumulación de la sangre caliente, y el hombre, que es cerebro, agente que constituye, transformador de energías. Por intermedio de la mujer la sociedad humana está ligada al vasto movimiento del cosmos. Sería un esfuerzo inútil desear inquirir en un sistema claramente explícito el entero conjunto de relaciones entre el masculino y el femenino que Michelet describe. Estas relaciones son de orden simbólico, forman una galería imaginaria que está ligada al inconsciente y a la intuición antes que a la razón. Lo que el historiador trata de abarcar, lo que advierte en el destino femenino, es la ley del devenir, aquello que llama amor y que nosotros, según Freud, llamamos deseo. Y es justamente en el deseo que descansa todo el destino humano. No es casual que para Michelet las mutaciones de la civilización occidental estén ligadas a las mutaciones de la condición femenina. El gran salto gótico del siglo XII está ligado a una renovación del culto de la Virgen en el cual los hombres del medioevo traducen a su modo la antigua fascinación por la tierra madre y por la gran diosa, pero que está también ligado al nacimiento del erotismo cortés y a lo que, mediante el mito de

1-6. Algunas portadas de primeras ediciones de obras de Michelet. París, B.N. (Ségalat).

Tristán e Isolda, Denis de Rougemont llama "la invención del amor-pasión", signo de una transformación decisiva de la vestimenta, de la sensibilidad y por lo tanto de las prácticas políticas y guerreras.
Del mismo modo, el Renacimiento inaugura un nuevo movimiento de los valores femeninos. En la época en que Paracelso, padre de la medicina filosófica, se dedica al estudio de las enfermedades de la matriz, la Reforma intenta darle bases radicalmente diversas al cristianismo, liberándolo de los servilismos clericales y proporcionándole como raíz a la familia, que es obra de la mujer. Pero en el mismo período, en Francia y en Italia, en torno a la mujer toma forma una refinada civilización que busca los cálidos rostros del amor, resucita el paganismo antiguo y la belleza de los cuerpos, hace del arte y del lenguaje el camino hacia el redescubrimiento de la carne y glorifica los encantos del amor carnal.
Del mismo modo, luego de la pomposa esterilidad del siglo de Luis XIV, el siglo XVIII abre un nuevo mundo, no sólo expulsando a Dios del centro del mundo y poniendo en su lugar al hombre, sino concediéndole a la mujer el reinado sobre todo lo que constituye la medida de la vida cotidiana: la conversación sustituye a la retórica clásica; el reino de los salones sucede al de las academias. Una arquitectura imaginaria, basada en el placer de los sentidos, sucede a la arquitectura fría y rigurosa del siglo XVII, basada en el placer de la razón. La novela del alma, es decir, una literatura que se dedica a la exploración de los laberintos femeninos, sucede a la epopeya y a la tragedia. De modo que, en toda época y contra las fuerzas de muerte y de esterilidad, la mujer es el signo de un infinito poder de resurrección y de metamorfosis. Por su intermedio circula la sangre en el mundo, por medio de ella continúa el diálogo del espíritu universal y de la carne viviente y mortal, ya que "los dioses son como los hombres: nacen y mueren en su seno".

La organización del drama

La historia se compone, entonces, de una sucesión de diálogos entre el hombre y la naturaleza, entre el pueblo y la materia; los diálogos difieren entre sí por la tensión y el movimiento. El ritmo histórico puede ser comparado al ritmo musical, dado que comporta un sucederse de tiempos muertos y de tiempos plenos, de silencios, de voces sofocadas y de explosiones. Resucitar el pasado significa, ante todo, hallar el ritmo profundo de cada tiempo, reconducir a su lugar exacto a cada sombra que ha participado en la metamorfosis del mundo. Pero es en mayor grado a la vida de la naturaleza, antes que a la orquestación musical, que conviene comparar el logro del objetivo histórico. En cada uno de estos dos casos se pone en cuestión el desarrollo de una cierta energía que nunca termina de modificarse en su forma y en su fuerza. Como la energía y el crecimiento del árbol, ambos invisibles, son efectuados por múltiples energías ocultas, que en la tierra o bajo la corteza no cesan de modificar el tejido vegetal, así la historia es el tejido de las fuerzas secretas que hacen y deshacen a las sociedades en lo profundo.
Aferrar estas fuerzas, ponerlas a la luz, significa penetrar en el centro de una realidad bien diversa de la que desea describir la historia tradicional, significa buscar la vida "no sobre sus superficies sino en sus órganos internos y profundos". A este nivel la historia no puede ser tratada con un juicio moral. En la acción humana no existe modo de hablar apropiadamente de bien y de mal, existen solamente energías fecundas y energías estériles. En el interior de cada hombre, como en el interior de cada colectividad, lo que constituye el campo de la historia es el conflicto entre esterilidad y fecundidad. Existe fecundidad toda vez que el hombre sale transformado en este conflicto, dispuesto a otras aventuras, nuevamente confiado en su propio destino: como en el caso de Abelardo y del espléndido florecimiento intelectual del siglo XII que rehabilita al amor y a la mujer, libera al occidente medieval del terror del pecado y anuncia la gran alegría gótica. Como también en el caso de la reforma luterana, donde se halla la simiente del impulso científico del renacimiento, que anuncia a Paracelso y a Galileo, prepara el advenimiento de la aventura capitalista y la explotación de las riquezas mundiales. Como también en el caso del 14 de julio de 1789 que quiebra el cuadro antiguo y sofocante de la Europa monárquica y presenta a los hombres el sentimiento de la fraternidad. Existe esterilidad cada vez que la historia se detiene, cuando imita servilmente al pasado, cuando el hombre renuncia a sus propios poderes y a sus propias posibilidades. Es éste el caso de Luis XIV, que fija a la sociedad en una celebración aristocrática fuera de uso y que sofoca todo nuevo fermento que se manifiesta en la economía y en la religión, o también el de España luego de Felipe II, perdida en el misticismo formal que le impide hacer florecer las riquezas de las colonias; es también el caso de Robespierre, que mata a la revolución en nombre de la ley y a la libertad en nombre de la pureza. Cada uno de estos conflictos es una pasión de la cual Michelet es el director de escena, un drama mediante el cual todo lector participa en la historia universal y la reconoce como propia. La historia, a través del escritor (en ello consiste para Michelet el valor eterno de la obra literaria) no es ya la aventura de otros hombres, completamente ajena a la muerte, sino que se convierte en nuestra propia aventura. Este drama se desarrolla

según un ritual que lo acerca a un ceremonial mágico en el que, mediante el pasado, se recuperan las fuerzas para el presente. Esta función mágica del historiador, que no había logrado la atención de la crítica clásica, hoy aparece más evidente a través de todo lo que la etnografía nos ha enseñado sobre los pueblos primitivos. El relato de Michelet tiene el único objetivo de darle a la ciudad de los hombres los fundamentos y la necesidad, comunicándole el significado oculto de las antiguas acciones y develándole las corrientes principales por las cuales el pasado no ha hecho más que anunciar el porvenir.

Todo drama, momento privilegiado de la historia en su más alto punto de tensión, está construido según una arquitectura rigurosa que recuerda la tragedia griega o la misa cristiana. Así se trate de destinos colectivos (la cruzada, los templarios, los protestantes perseguidos) o de destinos individuales (Carlos el Temerario, John Law y Marat) el progreso dramático se desarrolla a través de cuatro etapas, cuatro cambios, a cuyo término el fermento trágico se transforma en memoria y nutrirá para siempre la imaginación futura. Estos cuatro cambios, estas cuatro escenas principales no pueden ser diseñadas con precisión, ya que el calor de las mismas cambia según los lugares y los hombres que representan en el teatro de la historia. Podemos decir en forma muy esquemática que estas representaciones son sucesivamente: la fiesta, la acción, la purificación y el sacrificio. Tomemos dos ejemplos: uno que simboliza un destino individual maléfico, el otro un destino colectivo benéfico. El primero es el de Carlos el Temerario, último de los grandes duques de Borgoña. En su vida, bajo la mirada de Michelet, todas las cosas son excepcionales: ante todo la época, distinguida por el pasaje rico en contradicciones entre las oscuridades medievales y las luces del renacimiento. A continuación el lugar: la cuna más adornada de la civilización occidental, un mundo que dirige sus miradas al mismo tiempo hacia Flandes y hacia Italia y donde parecen reunirse y fecundarse el genio latino y el genio germánico. Por fin el hombre, héroe dostoievskyano al mismo tiempo místico y realista, roído por extraños demonios, devorado por el deseo de ser y de marchar más allá de sus propios límites. Ésta es la primera parte del drama, un retrato fascinante, el inventario de todo lo que un ser posee para dejar su propia huella en la historia, el nacimiento de una vida con todo lo que la caracteriza como exaltación, esperanza, voluntad.

Sigue la escena segunda, la de la acción, donde un ser asume la propia dimensión frente a los hombres y a las cosas. Veamos a Carlos frente a las ciudades de Flandes en revuelta, ante el rey de Francia medio arruinado. Es en este momento que el destino asume una forma y que las de-

HISTOIRE
DE LA
RÉVOLUTION
FRANÇAISE
PAR
J. MICHELET

TOME PREMIER

PARIS
CHAMEROT, LIBRAIRE-ÉDITEUR
13, rue du Jardinet.
1847

1

LES FEMMES
DE LA
REVOLUTION
PAR
J. MICHELET

PARIS
ADOLPHE DELAHAYS, LIBRAIRE-ÉDITEUR
5, RUE VOLTAIRE, 5
1854

L'auteur et l'éditeur de cet ouvrage se réservent le droit de le traduire ou de le faire traduire en toutes les langues

2

L'OISEAU
PAR
J. MICHELET

Des ailes!
(Rückert.)

PARIS
LIBRAIRIE DE L. HACHETTE ET Cie
RUE PIERRE-SARRAZIN, N° 14
1856
Droit de traduction réservé

3

J. MICHELET

L'AMOUR

PARIS
LIBRAIRIE DE L. HACHETTE ET Cie
14, RUE PIERRE-SARRAZIN, 14
1858

L'auteur se réserve son droit de reproduction et de traduction.

4

L'INSECTE
PAR
J. MICHELET

L'infini vivant.

PARIS
LIBRAIRIE DE L. HACHETTE ET Cie
RUE PIERRE-SARRAZIN, N° 14
1858
Droit de traduction réservé

5

J. MICHELET

LA FEMME

PARIS
LIBRAIRIE L. HACHETTE ET Cie
14, RUE PIERRE-SARRAZIN, 14
1860

Droit de traduction réservé.

6



1



2

1. El Collège de France (Falchi).

2. La casa de Michelet en la rue d'Assas en París (Falchi).

3. Michelet. Estilografía de Navellier de una fotografía original de Reutingler. París, B.N., Est. (Ségalat).

4. Una caricatura de Michelet de André Gill. París, B.N., Est. (Ségalat).

En las páginas siguientes:

1-13. Ilustraciones de las obras de Michelet: El pájaro y El insecto, ediciones de 1867 y 1876. París, B.N. (Perugi).

cisiones personales se superponen a la política y a la ambición. En este punto comienza la gran batalla entre un hombre obsesionado por sus propios sueños y una época que le opone resistencia. En torno a él se cristalizan las fuerzas determinantes de su tiempo: se convertirá en la encarnación del drama de este siglo xv que pertenece a medias al viejo mundo y a medias al nuevo.
Luego de la acción siguen la purificación y la renuncia. Carlos el Temerario, al elegir obedecer a las fuerzas oscuras y resucitar con la caballería el espíritu del antiguo feudalismo, se convertirá en el símbolo de lo que es necesario que muera para que el mundo continúe. Sus errores políticos y sus derrotas militares son los signos de su destino maldito.
El drama se completa con el sacrificio final, la aniquilación del duque y de su reino, donde agonizan todas las fiebres del siglo xv y se disuelven todas las tensiones que testimonian la metamorfosis profunda de la época. En torno a esta vida privilegiada todo un universo busca su nuevo rostro. El exterminio de Carlos el Temerario, como aquel de los héroes de Esquilo o de Sófocles, es el exterminio del Padre al que es necesario matar para que la vida recomience. Un esquema casi idéntico encontramos en la revolución francesa, que comienza con una gran celebración colectiva luego del advenimiento del nuevo Cristo, el pueblo, y se lo festeja como la consagración de la primavera luego del estéril invierno. Toda la nación se pone en marcha hacia París para participar en una fiesta grandiosa, la del 14 de julio de 1790: en este punto la revolución se halla por igual en los sueños y en los hechos y es antes que nada el alimento de la imaginación, sacudiendo a todo el cuerpo nacional con su fervor indescriptible.
Sigue la acción, el enfrentamiento de todas las fuerzas de muerte simbolizado por los enemigos internos de la revolución, las viejas clases dirigentes aferradas a sus propios bienes y privilegios, y los enemigos externos, los dominadores de la Europa monárquica. Esta acción tiene un fin ejemplar en el verano de 1792, aquel breve momento en el cual el pueblo endurecido por las pruebas sufridas se confunde con el carácter universal de la revolución y con la aspiración humana hacia un mundo diferente. Pero el dinamismo propio de la idea revolucionaria la impulsa más allá de lo que la historia puede soportar. La revolución es un ingrediente demasiado fuerte para la colectividad que está obligada a autocastigarse por haber reivindicado las funciones divinas. Por ello la sangre y las masacres de setiembre y el Terror. Con el exterminio de los propios enemigos el pueblo desea solamente exterminar en sí mismo todo aquello que aún le impide confundirse con la figura ideal de la revolución. Este esfuerzo es descrito por Mi-


3


4


LA MORT
LES RAPACES
LA FREGATE
1
2
3
4
5
6
7
8
9



11



12



10

13

1. *Retrato de Michelet de Thomas Couture de 1843. París, Museo Carnavalet* (Falchi).

chelet como el del héroe trágico que se desnuda física y espiritualmente en la metamorfosis que lo tornará similar a un arquetipo divinizado. El fin es el sacrificio que anula la revolución pero al mismo tiempo la torna irremediable e invulnerable, la arranca de la realidad para restituirla al esplendor de la imaginación, la cambia en modelo de una sociedad ideal que debe rehacerse continuamente. Naturalmente, tal arquitectura dramática no se halla por doquier con la misma claridad. La función purificadora del drama organizado por el historiador, sin embargo, continúa siendo idéntica en todas partes. La historia no es un relato, sino un espectáculo; no es una crónica, sino la celebración de un encantamiento.

Los cuerpos de amor

Para explorar la química misteriosa mediante la cual las sociedades humanas se habían realizado y modificado, Michelet había partido de la meditación sobre el cuerpo del hombre y sus metamorfosis. En los libros sobre la naturaleza, en su *Historia de Francia*, pero sobre todo en su *Diario*, retomará, profundizándola, esta meditación. El *Diario*, larga crónica de una vida entera dedicada a la literatura, es ciertamente uno de los documentos más importantes que la historia literaria contemporánea nos haya dejado. Luego de la muerte de Michelet la mujer utilizó parte de este *Diario* para completar algunas obras a las que pretendió dar una cierta perfección literaria. De esta manera publicó *Mi juventud* (1884), *Mi Diario* (1888), *Nuestra Francia* (1886), *Roma* (1891), *Por las calles de Europa* (1893), que consistían en audaces versiones nuevas de los textos originales.

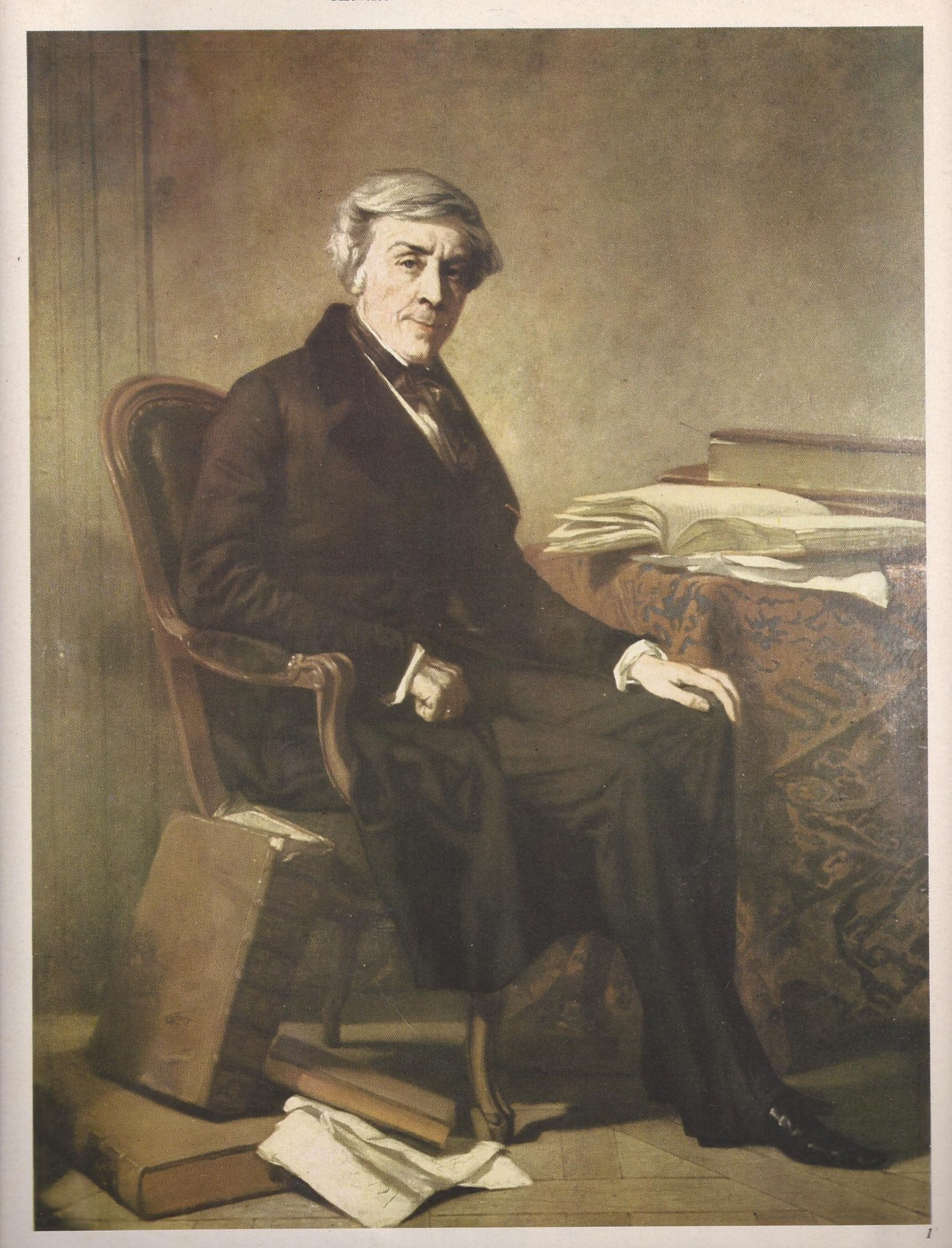
El entero *Diario* del historiador fue heredado, a la muerte de la señora Michelet, por un discípulo del maestro, Grabriel Monod, que publicó algunos extractos del mismo y lo cedió, a su vez, al Instituto de Francia, prohibiendo su publicación antes de 1950.

El primer volumen del *Diario* (1828-1848) fue publicado en 1959 y el segundo (1848-1860) en 1962 a cargo de Paul Viallaneix. El siguiente (1860-1874) será publicado muy pronto. El diario en su conjunto, al que es necesario agregarle el *Memorial* y los escritos de juventud, publicados aproximadamente en la misma época, constituye un documento totalmente excepcional y tal vez se lo puede considerar como la obra principal de Jules Michelet. Su característica esencial reside, sin ninguna duda, en su modernidad. En efecto, en el mismo no tiene valor la anécdota que nos permite reconstruir día por día la biografía de Michelet, una vida pobre en sucesos importantes que no ofrece ningún interés dramático, y tampoco tiene mucho valor, a pesar de las apariencias, el carácter propiamente íntimo de tal crónica: si la naturaleza particular de su afecto por Athénaïs revela un temperamento psicopático muy original, sin embargo, el historiador no muestra ninguna complacencia por su propio ser y ningún deseo de confidencia. Lo fundamental no es la presencia de un hombre sino la de un escritor.

Este diario es el diálogo ininterrumpido de un artista y de su propia obra. No es necesario compararlo con los recuerdos de Stendhal o con las *Memorias de ultratumba* de Chateaubriand, sino antes bien con el diario de Kafka, el de Thomas Mann o el de Virginia Woolf. Para nosotros, lectores modernos interesados por igual en el milagro de la creación artística como en la obra de por sí, se trata de una de las más grandes empresas que se hayan intentado nunca para dar razón de una experiencia humana en su totalidad. El diario narra la larga e inexorable batalla de un hombre y de su destino, la confrontación sin piedad de un escritor y de su lenguaje, el largo camino de un espíritu a través de la memoria del mundo.

Michelet resucita las pasiones de los hombres de los tiempos antiguos viviendo él mismo la propia pasión. La historia personal del hombre que se llama Michelet se halla en la base de la historia de todos los hombres sepultados en la sombra de los siglos pasados. Con el inventario de sus interrogantes halla el significado de todos los interrogantes que la humanidad ha dirigido siempre, desde sus lejanos orígenes, a las potencias celestiales. Esta pasión de Michelet es también uno de los frescos más intensos que se hayan pintado jamás del hombre interior. Todo lo que el ser ha alcanzado se halla analizado: el cuerpo y sus misteriosos humores, los sueños y las intuiciones, los encuentros, el disgusto, los delirios y los entusiasmos. El historiador vivió su propia vida como vivía la de la historia, es decir, como un espectáculo trágico del que era al mismo tiempo el autor, el director de escena y el público. Como aquél de la historia, este espectáculo constituye para él la ocasión de una purificación continua, de un retorno a las profundas fuentes propias.

Es en el diario que aparece tal vez con mayor claridad el proceder particular de Michelet, se podría decir su estilo, que no consiste exclusivamente en un modo de escribir sino también en un modo de ver y de vivir. Como para Baudelaire y Rimbaud, el mundo está lleno de signos. Desde las formas más abstractas del espíritu a los rostros más concretos de la naturaleza, se extiende una serie de voces, de respuestas, de luces, que son otros tantos símbolos de la verdadera vida. El artista es justamente aquel que descifra estos símbolos, aquel que está encargado de darle voz a lo que parece mudo y una mirada a lo que parece ciego. Consideremos por ejemplo lo que nos dice de las cruzadas. Todos los historiadores se pierden en conjeturas acerca de los motivos de las migraciones



hacia la Tierra Santa. Michelet escribe simplemente: "El hombre es peregrino de por sí. Hace mucho tiempo que ha partido y no sabe cuándo llegará. Para hacerlo mover no se necesita demasiado". Otro ejemplo: ¿cómo definir al francés? Basta con un elemento para dar razón de su verdadero carácter, el pan, su alimento preferido: "El grano es un alimento sustancial aunque no da, como la carne, energía momentánea. En el fondo, el grano es la tierra que se infiltra en la planta en flor dándole una consistencia y una particular duración a la alimentación. Francia se nutre de piedras. Este régimen le hace centellear por momentos y le introduce en los huesos una gran fuerza de resistencia".
Para Michelet la interpretación de los signos, la lectura doe los símbolos, que revela la familiaridad y la coherencia de los hombres y de las cosas, es la imagen del diálogo ininterrumpido entre las energías aparentes y aquellas ocultas. El hombre, y éste es su misterioso privilegio, es la conciencia soberana de este diálogo. Avanzar continuamente en la lectura es aquello en lo que justamente consisten el progreso y la posibilidad del hombre, arqueólogo del saber acumulado por la humanidad durante su larga pasión, cuyo rol es el de profundizar cada vez más en las estratificaciones inexploradas que encierran el secreto de nuestro pasado y, por lo tanto, el de nuestro presente y nuestro futuro.
La historia es el misterioso movimiento a través del cual el hombre iluminado por el espíritu renueva continuamente una naturaleza volcada a la destrucción. El historiador tiene la tarea de mostrar "cómo el espíritu combate a la muerte, obliga a la naturaleza a rehacer lo que ha destruido, conservar y hacer duradero, de manera que el hombre es el salvador de la naturaleza". Esta batalla se desarrolla enteramente en los más oscuros rincones del destino humano. Entre el paisaje histórico y el geológico existe una rigurosa identidad: los volcanes, las extensiones glaciales, los desiertos no son la vida de la tierra, sólo son los signos transparentes de los tumultos internos que animan a todo nuestro globo desde hace milenios. Del mismo modo, los rostros que aparecen en el campo político, las guerras, las revoluciones, los destinos heroicos y los frutos del trabajo y de la invención humana son sólo las huellas visibles, las máscaras conscientes de las energías subterráneas que día a día trabajan el material humano obligándolo a establecer el diálogo con todo lo que le sirve como frontera.
La empresa de Michelet, y en ello reside su profunda modernidad, es entonces un intento por recuperar el inconsciente de la historia. En relación a los grandes sistemas idealistas de la filosofía occidental y a las grandes interpretaciones del devenir humano, que son solamente visiones abstractas y composiciones formales, la misma representa un salto decisivo en la mirada que el hombre dirige al mundo, del mismo modo que las tres principales exploraciones del espíritu moderno, las de Marx, Nietzche y Freud. En efecto, esta empresa está sumergida en los bajos fondos del universo. En lugar de interrogar al azul del cielo y las tranquilizadoras luminosidades del sueño del más allá, recorre con ansiedad fascinada el fango informe y maloliente de las profundidades. "Si no puedo vencer las potencias supremas, removeré los abismos ínfimos", el lema revolucionario que Freud pone en el centro de *La Interpretación de los Sueños*, es también la ambición final de Michelet. Toda su obra es un inventario de las imágenes ocultas que dan un significado a las imágenes invisibles, a través de las cuales se cumplen los destinos individuales y colectivos. En una cultura que ha visto disolverse lentamente las grandes interpretaciones teológicas, en un paisaje mental donde la imagen de Dios se ha oscurecido, Michelet propone una nueva lectura del mundo. Su ambición, similar a la del pensamiento de nuestro siglo, fue la de hallar por intermedio de la aventura humana la entera aventura cósmica, de darle un sentido a cada vida en el seno de la humanidad y de situar a la humanidad misma en la totalidad de lo real.
La historia del hombre se confunde de esta manera con la historia de los dioses. Prefigura un mundo que existe por ahora sólo como aspiración y obsesión del espíritu universal. Todo es metamorfosis, y el hombre es el mensajero provisorio de la misma. "Este globo —escribe Michelet en 1842— se halla en el estadio infantil no sólo en relación con lo que podrá llegar a ser un día, sino además, según todas las apariencias, en relación con los globos más avanzados a través de los que pasaremos. Nuestras posibilidades aquí son mínimas. Por una parte se nace confuso, como por los sueños de vidas anteriores. Por otra parte se vive y se sueña entre el sueño y la digestión... Sueños del pasado, sueños del presente, y luego llega la muerte. Tenemos de la vida una idea totalmente distinta que deberá realizarse por cualquier parte... Es necesario que la muerte sea un nacimiento. Así debe ser inevitablemente".

Bibliografía

Obras de Michelet:

L'Histoire de France y *L'Histoire de la Révolution* fueron publicadas en 18 volúmenes, con un prefacio de Claude Mettra, por Editions Rencontre, Lausana, 1966.
Una edición crítica de *L'Histoire de la Révolution* a cargo de Gérard Walter fue publicada en la colección de la Pléiade, París, Gallimard, 1939.
La *Historia de la Revolución Francesa* está editada en español (3 vols.), Buenos Aires, Argonauta.
Entre los numerosos ensayos de Jules Michelet fueron reeditados recientemente *Introduction a l'Histoire Universelle, La Sorcière* y *Les Femmes de la Révolution. Les écrits de Jeunesse* y los dos primeros volúmenes del *Journal* fueron publicados a cargo de Paul Viallaneix, París, Gallimard, 1956 y 1962.
Una antología de *L'Histoire de France* a cargo de Claude Mettra fue publicada por Editions J'ai Lu, París, 1964.

Hoy mismo haga el canje de sus fascículos sueltos de **LOS HOMBRES DE LA HISTORIA** por los cuatro primeros tomos encuadernados.

TOMO 1: **EL MUNDO CONTEMPORANEO,** *con las biografías de Churchill, Einstein, Lenin, Gandhi, Hitler, García Lorca, Stalin y Picasso.*

TOMO 2: **LAS REVOLUCIONES NACIONALES,** *con las biografías de Lincoln, Darwin, Courbet, Dostoievski, Nietzsche y Wagner.*

TOMO 3: **EL SIGLO XIX: LA REVOLUCION INDUSTRIAL,** *con las biografrías de Freud, Van Gogh, Tolstoi, León XIII, Bismark y Ford.*

TOMO 4: **CRISTIANISMO Y MEDIOEVO:** *con las biografías de Carlomagno, Mahoma, Marco Polo, Francisco de Asís, Abelardo, Tomás de Aquino, Dante.*

Cómo realizar el canje

Usted debe entregar personalmente, y en las direcciones citadas, los siguientes fascículos de LOS HOMBRES DE LA HISTORIA:

Para el Tomo 1: los fascículos números 2, 5, 6, 9, 11, 14, 18 y 23, en perfecto estado, y la suma de m$n 600, $ 6.-

Para el Tomo 2: los fascículos números 8, 13, 15, 20, 22 y 27, en perfecto estado, y la suma de m$n 600, $ 6.-

Para el Tomo 3: los fascículos números 1, 10, 21, 24, 31 y 36, en perfecto estado, y la suma de m$n 600, $ 6.-

Para el Tomo 4: los fascículos números 7, 16, 25, 30, 34, 42 y 43, en perfecto estado, y la suma de m$n 600, $ 6.-

¡En el mismo momento en que usted entregue los fascículos recibirá los magníficos tomos!

Atención: Los tomos están lujosamente encuadernados en tela plástica con títulos sobreimpresos en oro y sobrecubierta a todo color.
Llevan una cronología y un índice general.

Si le falta algún fascículo, diríjase a su canillita; él tiene todos los números.

Todos los MARTES compre LOS HOMBRES de la historia y conserve los fascículos en perfecto estado.
Así podrá seguir canjeándolos y formar con los tomos encuadernados una valiosa Biblioteca de la Historia Universal a través de sus protagonistas.

Próximamente: aparición del quinto tomo.

CANJE POR CORREO

Si usted desea efectuar el canje por correo, deberá enviar los fascículos a

CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA S.A.
Rincón 87 - Capital Federal

Agregue la suma de m$n. 600 - $6 por el tomo y m$n. 100 - $1 para gastos de envío, en cheque o giro postal a la orden del Centro Editor de América Latina S.A.

IMPORTANTE
Como los fascículos deben llegar en perfecto estado, tome todas las precauciones. Envuélvalos en cartón muy grueso o entre maderas o en una caja resistente de cartón o madera. No forme rollos.

Cuando usted tenga los tomos en sus manos, comprobará que ésta es una oferta excepcional que el CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA brinda a

Para realizar el canje personalmente, diríjase a:

CAPITAL
Librería GONZALEZ - Nazca 2313
Librería JUAN CRISTOBAL - Galería Juramento - Cabildo y Juramento - Loc. 1, Subsuelo
Librería LETRA VIVA - Coronel Díaz 1837
Librería LEXICO - J. M. Moreno 53
Librería DEL VIRREY - Virrey Loreto 2409
LIBROS DIAZ - Mariano Acosta 11 y Rivadavia 11440 - Locales 46 y 47
Librería PELUFFO - Corrientes 4279
Librería SANTA FE - Santa Fe 2386 y Santa Fe 2928
Librería SEVILLA - Córdoba 5817
Librería TONINI - Rivadavia 7302 y Rivadavia 4634
VENDIAR - Hall Constitución
Centro Editor de América Latina - Rincón 79/87

GRAN BUENOS AIRES

Avellaneda
Librería EL PORVENIR - Av. Mitre 970

Húrlingham
MUNDO PLAST - Av. Vergara 3167

San Martín
Librería DANTE ALIGHIERI - San Martín 64 - Galería Plaza

Villa Ballester
Librería EL QUIJOTE - Alvear 280 - Galería San José - Loc. 7

INTERIOR

BUENOS AIRES

Bahía Blanca
Librería LA FACULTAD - Moreno 95
Librería TOKI EDER - Brown 153
LA CASA DE LAS REVISTAS - Alsina 184

Garré
Ramón Fernández

La Plata
Librería TARCO - Diagonal 77 - Nº 468

Mar del Plata
Librería ERASMO - San Martín 3330
REVISLANDIA - Av. Luro 2364

Pergamino
PERGAMINO EDICIONES - Merced 664

CATAMARCA
MAURICIO DARGOLTZ - Rivadavia 626

CORDOBA
Coronel Moldes
CASA CARRIZO - Belgrano 160

CORRIENTES
LIBRERIA DEL UNIVERSITARIO - 25 de Mayo, esquina Rioja

CHACO
Resistencia
CASA GARCIA - Carlos Pellegrini 41

ENTRE RIOS
Paraná
EL TEMPLO DEL LIBRO - Uruguay 208

Concepción del Uruguay
A. MARTINEZ PIÑON - 9 de Julio 785

MENDOZA
CENTRO INTERNACIONAL DEL LIBRO - Galería Tonsa - Loc. A-26

MISIONES
Posadas
Librería PELLEGRINI - Colón 280 - Local 12 y 13

RIO NEGRO
Gral. Roca
QUIMHUE LIBROS - Tucumán 1216

SALTA
Librería SALTA - Buenos Aires 29

SAN JUAN
Librería SAN JOSE - Rivadavia 183 - Oeste

SANTA FE
Rosario
Librería AMERICA LATINA - Galería Melipal - Loc. 10 - Córdoba 1371
Librería AIRES - Entre Ríos 687
Librería LA MEDICA - Córdoba 2901

Santa Fe
Librería COLMEGNA - San Martín 2546
LIBRETEK S. R. L. - San Martín 2151

Rafaela
Librería EL SABER - Sarmiento 138

SANTIAGO DEL ESTERO
Librería DIMENSION - Galería Tabycast - Loc. 19

TUCUMAN
NEW LIBROS - Maipú 150 - Local 13



Centro Editor de América Latina
más libros para más

Ya hay 4 tomos encuadernados para usted!

LOS HOMBRES de la historia
la Historia Universal a través de sus protagonistas
El mundo contemporáneo

LOS HOMBRES de la historia
la Historia Universal a través de sus protagonistas
Cristianismo y Medioevo

LOS HOMBRES de la historia
El siglo XIX: Las revolu... ...ales

LOS HOMB...
El siglo XIX: La revolu...

LOS HOMBRES
de la historia

Obténgalos hoy mismo canjeándolos por fascículos sueltos y aumente el valor de esta magnífica colección.

Ver detalle del canje al dorso.

ARGENTINA:

Nº 98 al Nº 88	$ 1,50	m$n. 150.—
Nº 87 al Nº 1	$ 2,50	m$n. 250.—

COLOMBIA: $ 7.-
MEXICO: $ 5
PERU: S/. 18
URUGUAY: $ 90
VENEZUELA: Bs. 2.50